


# OPERACIÒN SELENE

SYLVESTER STRANGE

# Operación Selene

COLECCIÓN
ESPACIO

# Operación Selene

por
Sylvester Strange



EDICIONES TORAY, S. A.
Teodoro Llorente, 13
BARCELONA

REPRESENTANTES EXCLUSIVOS EN ESTADOS UNIDOS
Excepto Nueva York (Ciudad) N. Y.

FIDEL COMPANY 2366 Glendale Blvd.
LOS ÁNGELES, 39 CALIFORNIA



Depósito legal B 2249 – 1958

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

---

Impreso por EDICIONES TORAY, S. A. - T. Llorente, 13 – Barcelona




CAPÍTULO PRIMERO

## PELIGRO EN LA LUNA




L zumbido agudo, molesto, provocado en el interior de la pequeña astronave por el funcionamiento de los dispositivos destinados a retardar la velocidad del descenso, disminuyó bruscamente, dejando en los oídos de Henry Tynan una grata sensación de alivio y de tranquilidad.

El hombre vestido de azul, con una pequeña estrella de plata en cada hombro, que venía observando cuidadosamente sobre un cuadrante la marcha de una aguja, se volvió hacia el pasajero del aparato.

—Ahora puede acercarse, señor Smith.

Tynan sonrió interiormente, como lo hacía cada vez que se oía llamar durante el viaje por aquel apellido que no era el suyo. Cruzó la cabina y se aproximó a la abertura circular, como un ojo de buey, que acababa de abrirse.

Miró hacia abajo, contemplando con admiración el paisaje.

No era la primera vez que llegaba a la Luna. En una ocasión lo habían

llevado sus padres, en la infancia, veinticinco años antes. El satélite no era entonces sino una masa de cráteres vacíos o poco más. Algo casi como las primeras fotografías lunares que aún se reproducían como documentos históricos en algunos libros. Ahora, en cambio...

—Hemos entrado en la capa atmosférica, señor Smith — avisó el capitán —. Puede abrir la ventana.

Tynan movió un cerrojo y la ventanilla de plástico se descorrió. Una ráfaga de aire fresco irrumpió en la cabina. Un aire de extraordinaria pureza, proveniente de la atmósfera artificial creada en toda la superficie lunar por los múltiples y enormes generadores. El joven viajero miró otra vez.

—Eso es la Luna, señor Smith—comentó el capitán—. Hace cien años se decía que sería inhabitable. ¿Qué le parece?

Estaban descendiendo lentamente sobre un campo de césped verde, rodeado por jardines, en las afueras de una ciudad no demasiado grande, pero construida con todas las comodidades modernas. Más allá se veían campos sembrados, entrecruzados por algunos caminos que se usaban para el pequeño tránsito terrestre. A la luz del fuerte sol lunar brillaban los canales de regadío.

¡El agua! Otra cosa que parecía absolutamente imposible en la Luna. Y había sido extraída de las entrañas del satélite, donde abundaba todavía, a pesar de lo que los astrónomos del pasado habían sostenido una y otra vez.

Tynan volvió la cabeza y miró el almanaque; aunque ya sabía perfectamente la fecha.

—Hoy hace cien años — comentó—. Tiene usted razón, capitán. Es una maravilla esto.

¡Cien años del «descubrimiento» de la Luna! Un gran día, en verdad, para el satélite. Tynan sabía que abajo casi toda la población lunar, descendiente en su mayoría de los primitivos colonos, se aprestaba a festejar la fecha.

Una fecha un tanto peligrosa, se dijo, y frunció el ceño al recordar la misión que lo traía a la Luna.

El movimiento de la astronave era ya apenas perceptible. Un instante más y Tynan sintió que se asentaba sobre algo sólido, aunque sólo por costumbre de tantos siglos podía llamarse indistintamente «tierra».

—Ya estamos, señor Smith. Bienvenido a la Luna.

Una puerta de la cabina se abrió. Afuera se oyeron voces y pasos.

—¡Cada pasajero con sus documentos!

Tynan estrechó la mano del capitán, negligentemente. Estaba ansioso por poner el pie en el suelo después del molesto viaje de dieciséis horas. Había astronaves que lo hacían en menos tiempo, pero Tynan tenía motivos para

preferir una de las líneas de rutina, que no atrajera sobre su llegada la atención de nadie.

El día avanzaba ya y la luz disminuía rápidamente en la atmósfera artificial de la Luna, menos densa que la terrestre. Cruzando la plancha entre una docena, o poco menos, de pasajeros que habían viajado con él desde la Tierra, Tynan puso los pies en el césped del enorme campo de aterrizaje,

—Por aquí, señor.

Tynan hubiera jurado que estaba en Croydon o en Le Bourget y no en el aeródromo de Callahan, capital de la Luna, bautizada así en homenaje al temerario irlandés que un día, hacía exactamente cien años, había aterrizado allí por primera vez, jugándose la vida en el interior de un cohete.

Entró en una caseta pintada de blanco, donde cuatro o cinco empleados se afanaban revolviendo papeles y tarjetas de identificación, moviéndose con dificultad por entre la gente que había acudido a recibir a los viajeros.

Tynan exhibió su tarjeta: «Duncan Smith, viajante de comercio.» El empleado confrontó el rostro con la fotografía, luego devolvió el documento sin decir nada.

—¡Hola, viejo!

Henry volvió la cara al oír la voz junto a su oído y sentir la mano que se posaba en su brazo.

—¡Hola, Grant!—contestó.

Las manos de los dos hombres se estrecharon. El que acababa de presentarse era más alto que Tynan, aunque la estatura de éste pasaba algo de la mediana. Era también algo más corpulento, y sus sienes, cubiertas de gris, indicaban que también lo sobrepasaba un tanto en años. Tenía dos ojos penetrantes y oscuros, que contrastaban con los azules de Tynan. Su franca sonrisa se interrumpió al advertir la expresión, involuntariamente seria, del rostro de Henry.

—¿Qué pasa, muchacho?

—¡Oh, nada! Simplemente me gustaría saber —Tynan bajó la voz — cómo diablos conocías mi llegada.

Esta vez fue Grant el que se puso serio.

—Justamente quería hablarte de eso — dijo—. Por eso he venido. En primer lugar, ¿cómo te llamas ahora? Porque supongo que no vienes con tu propio nombre.

—Claro que no, Jeffery. Mi pasaporte dice «Duncan Smith, viajante de comercio».

—Hablando de otra cosa, ¡has comido en la astronave, supongo?

—Todavía no. Es temprano.

—¿Quieres hacerlo conmigo en el hotel? — señaló por la ventana de la caseta hacia un cuerpo de edificios que se veía a unas doscientas yardas—. Mientras tanto hablaremos.

Momentos más tarde los dos amigos estaban sentados ante una mesa en el hotel del campo de aterrizaje. De una lista eligieron platos semejantes en todo a los que se servían en los mejores restaurantes de París. Pero ninguno de los dos parecía tener excesivo interés en la comida.

—¿Qué pasa, Grant?

Jeffery Grant, ingeniero, jefe de producción de uno de los establecimientos extractores de uranio más importantes del satélite, inclinó la cabeza sobre su plato.

—Me preguntabas cómo diablos sabía yo que venías, Henry — explicó—. Muy fácil: lo sabe todo el mundo.

—¿Cómo? — la raya vertical que dividía en dos el entrecejo de Tynan desde su llegada al satélite se acentuó más aún.

—Al menos, lo sabe una porción de gente, Tynan. Yo lo sabía, y también sabía que llegabas precisamente en esta astronave. Y voy a decirte algo más: sé a lo que vienes.

Tynan dio un respingo.

—Bueno, en realidad — prosiguió el otro—, esto último más bien lo supongo que lo sé con certeza. Pero la noticia de la venida de un agente la he oído aquí, en Callahan, y no una vez sola, sino varias. Ha corrido la voz, no sé cómo. En una ocasión me dijeron hasta el nombre del agente: Tynan.

—Eso es muy malo — admitió Henry—. Pero pongamos las cartas sobre la mesa. ¿A qué, pues, supones que vengo?

—A investigar acerca del «Free Moon»... y de Nathaniel Blake.

Tynan dejó escapar un gesto de fastidio; luego se encogió de hombros.

—No necesito decirte que mi misión tenía que ser secreta— recalcó —. Pero, por lo visto, la reserva es ya inútil, al menos contigo. Por otra parte, sólo por cumplir una consigna me habría considerado obligado a estar enigmático contigo, Jeffery. Sí: vengo en misión oficial y precisamente por lo que has dicho. Aunque los diarios no lo dicen, en la Tierra hay sospechas de que el «Free Moon» anda en actividad otra vez.

—Y están en lo cierto — Jeffery Grant inclinó la cabeza, aprobando.

—¿Y qué hacen ahora? Porque no han llegado noticias de que se

dediquen a alguna actividad concreta... a atacar astronaves, por ejemplo, o volar depósitos, como se puso de moda hace veinte años.

La imaginación de Tynan se remontó cuatro lustros atrás. El «Free Moon Gang», o Banda de la Luna Libre, había nacido mucho antes; en realidad, su origen podía entroncarse casi con la fecha en que la Luna comenzó a organizarse y colonizarse, a tener conciencia de su existencia como una entidad humana, de sus enormes recursos como fuente de materiales atómicos. Como en los casos de sus antecesores, las colonias y los protectorados en la Tierra, la Luna había concebido también sus proyectos de independencia. Así había nacido el «Free Moon Gang», cuya finalidad no había sido en un principio otra que el provocar y fomentar ideas tendentes a la emancipación del satélite y su independencia de la Federación de Naciones que la gobernaba desde Washington.

Más tarde el «Free Moon» se había ido convirtiendo en una gavilla de asesinos y saboteadores; el mismo Nathaniel Blake, su jefe, había acabado por desligarse de ella y retirarse a la vida privada en su pequeño establecimiento industrial en Nueva Pretoria, junto al pequeño lago artificial formado en el fondo de un cráter.

—Eso es lo peor — opinó Grant —. No se dedican a ninguna actividad concreta... visible al menos. Pero se los oye. Se los «siente», mejor dicho, en el aire. He visto a mis obreros más de una vez pasarse papeles, uno a otro, furtivamente. Tal vez estén simplemente burlándose de mí, pero yo apostaría a que se trata de otra cosa. El hecho mismo de que se conozca tu llegada es lo más sugestivo del mundo. Además...

Calló al ver que su compañero había dado vuelta a la cabeza y estaba mirando con escaso disimulo hacia una mesa próxima.

—¿Quiénes son ésos?—interrogó Tynan, mirando en la misma dirección que Grant.

Se refería a una pareja compuesta por un hombre joven, aunque no demasiado, pues pasaría ya de los treinta y cinco, y una mujer. Ésta no podría tener más de veinticuatro; era morena, de cabellos oscuros, cortados y peinados muy cortos, hacia atrás, en la moda que se había hecho característica de la Luna. Era más bien pequeña, y su rostro reflexivo, grave, estaba fijo con atención en su acompañante.

—No los conozco — repuso Grant —. A él, al menos. De ella sé que es hija de un pequeño droguero de Callahan. Se llama Maggie Owen. Nunca la he tratado. ¿Te gusta?

—Por cierto qué sí — admitió Tynan—. Pero no es eso lo que me llama la atención ahora.

Grant lo miró, entre burlón e interrogante. Henry bajó la voz.

—No es eso. En primer lugar, me gustaría saber qué hacen los dos aquí, en el hotel del campo de aterrizaje. No creo que hayan venido a recibir a nadie. Además, diría que ella nos está escuchando.

—No puede oírnos — Grant meneó la cabeza.

—Tal vez. Pero se esfuerza por hacerlo. Eso es suficiente en lo que a mí respecta. Tengo una lista de varios individuos para vigilar. La incluiré a ella, por si acaso.

Grant comenzó a atacar el segundo plato que acababa de dejarles el camarero.

—¿Se puede saber quiénes son esos individuos?

—Ya he dicho que no pienso guardar reserva contigo, Jeffery. Uno de ellos, naturalmente, es Nathaniel Blake.

—No lo encontrarás. No está en su casa junto al lago.

Tynan frunció los labios.

—Podías haber empezado por eso, Grant. ¿Dónde está ahora?

—Nadie lo sabe. Yo no, al menos. No me extrañaría que estuviera en Callahan de incógnito, precisamente hoy, en la conmemoración del Centenario.

Hizo una pausa y luego sacudió una mano, como si echara a un lado la lista de nombres que Henry se disponía a mencionar.

—Tynan — prosiguió—, te estaba diciendo hace un momento que había algo más. Tal vez haga mal en decírtelo, porque ello quizá te ponga en una pista falsa, pero tampoco estaría bien callarlo. Por mi parte tengo otras sospechas más graves. El «Free Moon» se fundó para luchar por la independencia de la Luna. Tal vez tenía razón. La metrópoli ha abusado de los nativos; se han cometido muchas injusticias. Hasta ahí, salvo en los crímenes, casi me pronunciaría por el «Free Moon». Pero ahora me atrevo a sospechar que hay otros factores.

—¿Qué factores?

—Jeffery bajó aún más la voz, hasta convertirla en un susurro.

—Marte — dijo.

—¿Qué?

Tynan dejó caer el tenedor, que hizo un desagradable ruido al chocar con el plato. Sin esperar respuesta, insistió:

—¿Quieres decir que hay influencias extraplanetarias en el movimiento? ¿De dónde has sacado eso? ¿Qué pruebas tienes?

¿Era imaginación, o la muchacha de la mesa próxima había interrumpido su conversación con su acompañante, en un nuevo esfuerzo por oír las palabras que Tynan había pronunciado en un murmullo?

Grant abrió la boca para contestar, pero dejó en suspenso la frase al ver la expresión de alarma de Tynan. Fuera del hotel, sin duda en las calles de Callahan, acababan de retumbar una serie de explosiones lejanas, apagadas, coincidiendo con una serie de destellos luminosos que penetraron por las ventanas del salón, más fuertes que las lámparas.

—Son cohetes — rio Jeffery—. Cohetes atómicos. Es parte de los festejos del centenario. Una diversión infantil, que recuerda las de nuestros antepasados. Tal vez ridículo, pero muy bonito.

Pero no eran sólo cohetes. Otros ruidos más se habían oído, inconfundibles. Grant se puso serio.

—¿Y eso otro?

No se necesitaba ver las caras alarmadas de los circunstantes para comprender que no se trataba ahora de fuegos de artificio. Algunos de los comensales se pusieron de pie, iniciando un apresurado movimiento de retirada en dirección a la puerta.

—No pasa nada — anunció con una servil reverencia el «maitre».

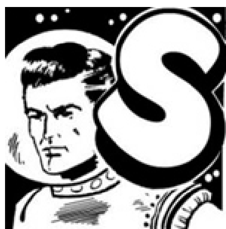
Nadie hizo caso. Todos conocían, aunque sólo fuera por referencias, el ruido de una ráfaga de pistola atómica.

Tynan palpó la suya en el interior de su chaqueta y se puso de pie, al tiempo que colocaba sobre la mesa un billete.

—Vamos a la calle, Grant —dijo—. Pronto.

## CAPÍTULO II

## POR LA LUNA LIBRE


ALIERON al exterior del restaurante, avanzando por entre las mesas, junto a las cuales más uno de los concurrentes se había puesto de pie, como ellos.

Tynan se encontró en la acera, frente a una plaza cuadrada, de cien yardas de lado, adornada con césped y árboles e iluminada por reflectores de luz indirecta. Hileras de edificios, de no más de cinco o seis pisos de altura, pero de construcción moderna, la circundaban. Un vasto letrero luminoso proyectado sobre una lápida de plástico rezaba:

2003 — 16 de Octubre — 2103

Tynan casi resolló de satisfacción al no ver escritas debajo, además de las efemérides, las palabras fatídicas: «Luma Libre». Pero no tenía tiempo para pensar en tales detalles. Un revuelo de gente se precipitaba hacia la embocadura de la calle que nacía en la plaza, frente al hotel. Cinco o seis aparatos de vuelo urbano — especie de helicópteros, sin la antigua e incómoda hélice superior — avanzaban también hacia allí, sin duda atraídos por los disparos.

—¿Dónde fue?

Un tonto formuló la pregunta al lado de Tynan. El joven no hizo caso. Bastaba mirar hacia dónde corría la gente para saber el lugar exacto del hecho. Grant y él se precipitaron en la dirección que seguían los otros.

—Ten cuidado, Tynan — advirtió Grant, sin dejar de correr, mientras atravesaban la plaza—. ¿Llevas armas?

—Por cierto que sí—repuso Henry—. Tengo mi pistola atómica sobaquera. ¿Y tú?

—Ni un cortaplumas, Tynan.

La calle era ancha, pero el público que circulaba por las aceras era numeroso, y además alborotado por lo que acababa de ocurrir. Un remolino, cien yardas más lejos, les indicó que allí estaba el núcleo del incidente. Media docena de policías selenitas, de uniforme gris, corrían hacia el lugar.

—¡Por la Luna Libre! —gritó una voz entre al tumulto.

Tynan avanzó por entre la gente, abriéndose paso a codazos.

Alguien pasó junto a él, aparentemente empujado en la misma dirección; luego vio Tynan que el hombre se alejaba diagonalmente, entre el gentío. Absorbido por la preocupación de lo que ocurría en la calle, Tynan tardó unos segundos en advertir que la cara de aquel individuo le era conocida.

Se trataba de un individuo moreno, con aspecto de meridional, facciones afiladas y larga nariz aguileña. Henry no recordaba quién era ni dónde lo había visto antes; sin duda, se dijo, en la Tierra. Antes de que Tynan hubiera podido reparar más en él, el hombre se había alejado entre la muchedumbre.

El joven se desentendió del desconocido y se acercó, junto con Grant, al grupo de gente que atraía la atención de todos. Las voces de costumbre en todo corro de curiosos callejeros pululaban por todas partes:

—¿Qué fue?

—¿Hay víctimas?

—¿Logró escapar el hombre?

Evidentemente, pensó Tynan, no todos en Callahan eran partidarios del «Free Moon», o bien lo disimulaban discretamente.

Tynan y Grant no preguntaron. Se limitaron a escuchar. Tres agentes de policía estaban ya obligando a circular, mudos a todo pedido de informes, pero no faltaban dos o tres circunstantes, que a todas luces habían sido testigos presenciales y relataban una y otra vez lo que habían observado.

—Escapó hacia allí—indicó uno, señalando hacia el fondo de la calle principal, mientras uno de los policías lo empujaba sin mayores consideraciones para hacerlo salir del paso.

—¿No lo arrestaron?

—Parece que no.

La gente, en parte por la presión de los policías, se dispersaba ya. Tynan tomó por el brazo a su amigo.

—¿Qué opinas tú, Jeffery?

—Nada todavía. Tal vez un exaltado, o un loco. Pero no me gusta.

De cualquier modo, por el momento parecía que había que dar por terminado el incidente. Iniciaron ambos el regreso al hotel, donde Tynan pensaba tomar una habitación, al menos provisionalmente.

El joven levantó la cabeza y miró hacia arriba, atraído por el espectáculo que acababa de presentarse ante su vista, surgiendo por detrás de uno de los

edificios más elevados, Tynan era aún muy niño cuando había contemplado por última vez a la Tierra desde la Luna. Era un enorme disco, muchas veces mayor de lo que desde la Tierra parece el satélite. Su luz — ahora lo advertía Henry — hacía casi innecesarios los focos de luz indirecta que completaban la iluminación de la calle. Se distinguían en el planeta claramente los contornos de Europa y África y una manchita separada que era Gran Bretaña.

Una estrella errante cruzó el cielo, de arriba abajo, oblicuamente, en aquel momento. Tynan estuvo a punto de abandonarse a la superstición infantil de formular un deseo al meteorito.

—Cuando ocurrió esto acababas de decirme algo raro, Grant — dijo Tynan reanudando la conversación interrumpida por el incidente—. Hablabas de Marte y de influencias interplanetarias. ¿Qué querías...?

Calló. En el extremo de la calle acababa de repercutir otra vez el reguero de secos estampidos característicos de la pistola atómica.

Fue una sola serie primero, de ocho o diez disparos, pero a ésta siguió una segunda, procedente, sin duda, de otra pistola más potente.

El remolino de gente se formó otra vez en un instante, ahora incontenible. Unos corrían hacia el presunto lugar del hecho; otros, más prudentes, huían a la carrera. Grant y Tynan, sin una palabra más, se precipitaron en busca del núcleo del tumulto.

—¡Luna Libre!—se alzaron media docena de voces desde distintos puntos —. ¡Fuera los explotadores terráqueos! ¡Por la Luna Libre!

Alguien que corría en dirección contraria tropezó de pronto con Tynan, golpeándole en un costado y haciéndole perder el equilibrio. El joven se tambaleó y casi por milagro se libró de caer y ser pisoteado por la muchedumbre.

—¿Qué hace, estúpido?

Instintivamente, Tynan dejó escapar el insulto. El otro alzó un brazo como para pegar, y Henry, a su vez, se aprestó para parar el golpe. Fue entonces cuando oyó tres o cuatro pasos a su derecha, la voz de Grant:

—¡Cuidado, Tynan!

El aviso llegó muy a tiempo. Henry volvió la cara, apartando por un instante su atención del que lo agredía.

Una pistola atómica le apuntaba en aquel momento a la cara, sostenida por la mano de un individuo alto, de cabellos pajizos, que estaba a un par de pasos de él, en actitud de haberse detenido en su carrera. Un instante más y una ráfaga de proyectiles hubiera atravesado el cuerpo del joven, cosiéndolo de arriba abajo. Tynan vio en los ojos claros del hombre que no se trataba de amenazas.

Dio un salto hacia un lado, agachándose al mismo tiempo. El ruido de las detonaciones atronó sus oídos, y una sensación como la picadura de un insecto en la cadera izquierda, le indicó que los disparos no se habían perdido del todo.

Tynan maldijo su ocurrencia al ponerse la pistola bajo la axila, en una funda de plástico, y no directamente en el bolsillo derecho, más al alcance de la mano. Sin tiempo para sacar el arma, de un segundo salto se precipitó sobre el individuo.

Grant acababa de hacer lo mismo, pero un grupo de gente que se interponía entre él y el atacante, en el momento de los disparos, le impidió llegar al mismo tiempo que su amigo, y el nuevo remolino formado por la muchedumbre estuvo a punto de arrastrarlo.

—¡Voy, Henry!—exclamó.

El puño de Tynan se había alzado ya, y descargado sobre la mandíbula del presunto asesino, con una violencia que lo envió trastabillando a dar contra un grupo de gente que corría.

El hombre no cayó, sin embargo. Con un esfuerzo logró mantener el equilibrio y su pistola atómica se alzó una vez más hacia Tynan. La mano del joven hurgó febrilmente en la funda de plástico, bajo su axila.

En ese momento llegó Grant. Se lanzó contra el asesino, dándole un empujón con ambas manos, en la espalda, hacia un lado. La pistola se disparó nuevamente, y dos o tres gritos de dolor que se oyeron cerca, indicaron que algunos de los ocho o diez proyectiles habían causado víctimas. Pero el hombre retrocedió, tambaleándose, y cayó esta vez. Se levantó desesperadamente, de un salto, y apeló a la fuga.

Tynan tenía ya la pistola en la mano. Apuntó hacia la silueta del hombre que se alejaba, pero volvió a bajar el arma. En cambio, junto con Grant y otros dos o tres circunstantes, inició la carrera en pos del agresor.

—¡Allá va!—gritó alguien, mientras el fugitivo trataba de perderse, haciendo zigzag entre el gentío. —¡Atájenlo!

Tynan distinguió, entre el gentío, los uniformes grises de media docena de policías que se precipitaban en busca del agresor.

—¡Luna Libre! —gritó alguien más, acaso un chusco—. ¡Abajo la Federación de Naciones!

Un guardia se aproximó a Tynan, mientras corría. De algún modo se había enterado de que el joven era el agredido.

—¿Qué le pasó, amigo? — inquirió—. ¿Está herido?

Tynan siguió corriendo, sin responder. Sólo le interesaba ahora una cosa:

arrestar e identificar al hombre, tratar de establecer qué conexiones tenía con el «Free Moon», o si se trataba simplemente de un loco.

Una nueva descarga de proyectiles atómicos se oyó entonces, procedente de algún lugar entre al gentío; luego otra más. Un coro de voces y exclamaciones siguieron. La gente comenzó a concentrarse en un punto de la calle.

—¡Lo han herido!—gritó alguien.

—No, está muerto.

Una voz se alzó, poderosa, sobre el tumulto:

—¡Asesinos!

Tynan se abrió paso, a codazos, en algunos casos a puntapiés. Alcanzó a ver a Grant, que hacía lo mismo. No tardaron mucho en llegar al lugar de la calle, donde cuatro o cinco policías rodeaban el cuerpo de un hombre de cabellos pajizos, tendido, inerte, con la cara totalmente desfigurada por heridas de proyectiles atómicos.

El guardia que había interpelado a Tynan durante la carrera, llegó en aquel momento. Reconoció al joven.

—¡Fue a este hombre! —exclamó señalándolo—. ¡Quiso matar a este hombre!

—¡Apártense! —, ordenó otro policía de mayor graduación, accionando con los brazos para apartar a la gente que se apiñaba—. ¿Por qué quiso matarlo? ¿Quién es usted, amigo?

Tynan no había contado con la posibilidad de verse identificado y expuesto a la atención de los policías y de la muchedumbre. Aquello era lo último que convenía a su misión secreta. De un salto retrocedió y volvió a mezclarse entre el gentío.

—¿Por qué se va?—la imaginación, no demasiado ágil del policía, sospechó algo—. ¡Eh! ¡Deténganlo!

Era tarde. Dos o tres guardias se lanzaron tras él, pero Tynan ya había conseguido confundirse con los curiosos. Afortunadamente, el lugar de la calle en que estaba ahora no era de los más iluminados, pues un grupo de edificios ocultaba el resplandor de la Tierra. Pocos momentos después comprendió que ya habían perdido su pista.

Miró a su alrededor, en busca de Grant. Con un resuello de satisfacción, lo distinguió entre otras cinco o seis siluetas próximas. Jeffery se acercaba hacia él, sin demasiada prisa, al menos visible.

La calle parecía irse tranquilizando poco a poco. Acaso, se dijo Henry, todo lo ocurrido no fuera obra sino de un solo individuo, aquel que había sido

muerto a tiros por la policía o por particulares. Lamentó la brutal conducta del causante de aquella muerte, y se preguntó si a veces los de la Luna Libre no tendrían razón, después de todo.

—¿Qué opinas de esto, Henry? —Grant estaba ya caminando junto a él, con aparente despreocupación.

—Que parece que ha terminado todo — comentó Tynan—, Por un momento creí que el tumulto iba a degenerar en una batalla callejera. Felizmente no ha sido así. Fue un solo individuo, según se deja suponer. Acaso la Luna Libre no tenga tanta influencia en la gente como creemos, Grant.

Otro aerolito cruzó el cielo. Una curiosa coincidencia, se dijo distraídamente Tynan: dos estrellas errantes en una noche. Tal vez el hecho fuera más frecuente en la Luna.

—Escucha, Tynan—dijo Grant—, ¿no se te ha ocurrido que todo este tumulto pudo ser una farsa?

—¿Una farsa? ¿Qué quieres decir, Grant?

—¿No te crees suficientemente importante para suponer que todo este trastorno se ha ejecutado en tu honor... que te buscaban a ti y nada más que para asesinarte?

—¿A mí? ¿Por qué, entonces...?

Se interrumpió. Recordó que su llegada a la Luna era un hecho conocido de antemano en el satélite, según le había contado Grant. Recordó también que los disparos de pistola atómica que habían sonado en la calle lo habían atraído a él al exterior del hotel, en medio de un verdadero caos provocado entre la muchedumbre, y que había sido atacado por un individuo que contaba en tales condiciones con un máximo de probabilidades de éxito contra un riesgo mínimo.

—Te buscaban a ti solo, Tynan. Tu misión está inutilizada por ahora. Yo te aconsejaría regresar a la Tierra.

—¿Regresar? — Tynan hizo un gesto de repugnancia—. ¿Y demostrarles que les tengo miedo?

Yo diría que eso es lo conveniente — objetó Grant—: que ellos crean que les tienes miedo.

Seguían caminando los dos, mecánicamente, en dirección de la plaza. Tynan se detuvo.

—No puedo regresar al hotel ahora — dijo—. Una docena de personas podría reconocerme después de lo ocurrido.

—Ven a mi casa — ofreció Grant—. No tengo demasiadas comodidades,

pero no faltará un lugar para ti.

Tynan volvió a negar.

—Tampoco quiero comprometerte. Habrá otros hoteles en Callahan, supongo. Buscaré uno...

Se interrumpió.

—Grant —dijo—; cuando comenzó todo este alboroto estabas diciéndome algo acerca de los marcianos. ¿Qué querías significar con eso?

El ingeniero contestó con otra pregunta.

—¿Te has fijado en el cielo, Tynan? Cayó un meteorito hace un momento.

—Sí —admitió Henry—. Otro cayó también, un rato antes, cuando corríamos por la calle. Pero ¿qué tiene que ver eso con...?

—¿Con astronaves marcianas? — cortó Grant.

La extrañeza hizo retroceder un paso a Tynan.

—¿Astronaves... marcianas?

—Está dentro de lo posible. Por mi parte nunca las he visto, pero todos aquí sabemos que cuando esas astronaves han llegado a la Tierra lo han hecho así, con esa apariencia de bólidos.

Tynan asintió. Había visto una vez una nave espacial marciana, y sólo por lecturas de los periódicos tenía referencias de otras — no más de media docena —que habían llegado a la Tierra en distintas ocasiones, a partir de la fecha, no muy lejana, en que los marcianos habían demostrado ser capaces de cruzar los espacios interplanetarios, privilegio negado todavía a los terráqueos. Se trataba de aparatos pequeños, sólo aptos para conducir dos o tres de los diminutos seres —de figura algo semejante a la humana— que los tripulaban. Al entrar en la atmósfera, la superficie exterior de las aeronaves se ponía incandescentemente, como los bólidos.

Grant continuó andando junto a Tynan.

—Durante estos días ha habido una especial afluencia de estrellas fugaces — dijo—. Cayeron cuatro o cinco, al menos, la semana pasada. Me pregunto si no tendrá algo que ver eso con lo que está ocurriendo últimamente... con el «Free Moon», pongo por caso.

Tynan rio, pero casi instantáneamente frunció el ceño.

—¿En qué fundas esa sospecha, Grant? ¿No tienes nada más concreto?

—En nada, Henry— repuso el ingeniero—. Tal vez un poco en la historia de la humanidad en general, en la independencia de tantas colonias... Tú lo sabes mejor que yo, Tynan.

Calló y oprimió el brazo de Henry, empujando al joven hacia atrás, donde la sombra proyectada por el edificio del hotel se expendía sobre la acera.

—Mira, Tynan — dijo.

Por la puerta del hotel del aeródromo acababan de salir a la calle dos siluetas, un hombre y una mujer, que marchaban juntos, aparentemente alegres, y despreocupados. Cruzaron la plaza, en dirección a la calle principal de Callahan.

Se trataba — Tynan los reconoció sin vacilación de la pareja que había estado ocupando una mesa del hotel, cerca de Henry y Grant, en el momento en que se oyeron los disparos de pistola atómica. El rostro de la muchacha — Tynan recordó que había estado tratando de atisbar la conversación de los hombres— era inconfundible.

—Maggie Owen — se dijo Tynan.

En aquel momento, la luz más directa de uno de los focos callejeros dio de lleno sobre la pareja. Tynan vio relucir algo en la blusa de la muchacha: un prendedor, tal vea un dije que pendía del cuello.

El objeto tenía —Henry habría casi podido jurarlo— la forma de una estrella.

Una estrella. Podía tratarse de una casualidad; en verdad, no era sino propio de una mujer un adorno en forma de estrella. Sin embargo, Tynan recordó involuntariamente la letra de una marcha que se atribuía a los primeros miembros de la Luna Libre:

*They came from very far*
*to enslave the Moon.*
*Why, the Moon is a star,*
*they will learn it soon.*

«Vinieron de muy lejos para esclavizar a la Luna. Y bien: *la Luna es una estrella*, lo aprenderán pronto.»

## CAPÍTULO III

## PHOBOS Y DEIMOS




STÁ bien, Tynan. Creo que ha hecho usted bien en regresar, y entiendo que el ministro de Asuntos Exteriores lo aprobará también.

Henry mantuvo su rostro inalterable, pero involuntariamente se acomodó mejor en la silla, ante la mesa escritorio llena de papeles, detrás de la cual estaba sentado el jefe del Servicio de Informaciones, que dependía directamente del gobierno de la Federación de Naciones, en Washington.

—Celebro que usted lo entienda así, señor Burnett. Hubiera podido expedirme por radio, y pedir instrucciones, pero no me pareció que la clave fuera suficiente precaución después de haber sido yo identificado, como sin duda lo estoy, por el «Free Moon».

Tynan lo celebraba, en verdad. Había vacilado en seguir el consejo de Jeffery Grant, y regresar a la Tierra, siquiera por algunas horas, con el doble objeto de despistar a los de la Luna Libre e informar sobre lo ocurrido.

No había regresado en seguida, por otra parte, sino dos días después del incidente callejero que aconteció la noche de su llegada a la Luna. Naturalmente, no le agradaba parecer cobarde, pero sobre todo deseaba tener algo que referir por su propia cuenta acerca del individuo que había intentado asesinarle, y también sobre aquella muchacha, Maggie Owen, que intentaba escuchar su conversación con Grant en el hotel y que llevaba un dije en forma de estrella —posiblemente alusivo al «Free Moon»— en la blusa.

El hombre alto, de cabello pajizo, muerto por los disparos atómicos en la calle de Callahan, y cuya fotografía pasaron todas las pantallas televisoras de la Luna y la Tierra, resultó ser, como lo informó la policía, un modesto empleado del Departamento de Investigaciones Nucleares de Callahan. Aparentemente no tenía vinculación concreta con el «Free Moon», pero Tynan se propuso escarbar un poco, más tarde, entre las relaciones del muerto.

En cuanto a la muchacha, tampoco parecía actuar en política, y mucho menos en una sociedad extremista como el «Free Moon». Se limitaba a ayudar a su padre como cajera de la droguería, y aceptaba los galanteos de un

tal Paul Palmer, que era precisamente el hombre con quien Grant y Tynan la habían visto en el comedor del hotel.

Henry se dijo que si la superioridad disponía, después de todo, su regreso a la Luna, una de sus próximas tareas sería el investigar los antecedentes y actividades de Paul Palmer.

El jefe del Servicio de Informaciones reclinó su voluminoso cuerpo en el sillón, y su mirada se perdió más allá de los vidrios de la ventana, en el cielo azul.

—Esta tarde tengo audiencia con el ministro — explicó—. Con lo que resulte de esa entrevista, supongo que mañana temprano podrá usted partir de nuevo, Tynan. No en una astronave común, se entiende. Dispondremos una especial, que lo deje por cualquier parte del satélite, menos en los grandes centros poblados, donde pueda identificarlo esa gente.

Hizo una pausa. A Tynan le pareció que vacilaba.

—Con lo que acaba de contarme, ya tiene usted algunas pistas para empezar — siguió Burnett —. Además... quería decirle otra cosa, Tynan, pero no antes de que me autorizara el ministro.

—Como usted disponga, señor Burnett.

—En fin, qué diablos — Burnett sacudió la cabeza, como arrojando lejos de si un escrúpulo—. Su partida la considero cosa resuelta, y en ese caso será absurdo mantenerlo al margen de un secreto que acaso pueda resultar muy importante. A propósito, Tynan, ese amigo suyo, ese Grant, parece un hombre inteligente, ¿verdád?

—Por tal lo tengo — exclamó Henry.

—¿Qué fue lo que le dijo, concretamente, acerca de los marcianos?

Tynan se rebulló en la silla.

—¿Sobre los marcianos?

—Exactamente. Esa teoría sobre una presunta intervención de Marte en el asunto de la independencia de la Luna.

Tynan repitió aproximadamente las palabras de Grant sobre la posibilidad de que estuvieran llegando a la Luna pequeñas astronaves marcianas, bajo la apariencia de aerolitos.

Burnett le escuchó sin pestañear, con sus acuosos ojos azules clavados en los del agente.

—¿Nada más que eso, Tynan? ¿Se trata de puras suposiciones?

—Si hubiera algo más, Grant me lo habría dicho, señor Burnett.

Burnett permaneció unos instantes pensativo, pasándose una mano por la frente.

—Puras suposiciones. Y un poco de historia general, con el recuerdo de la independencia de tantas colonias. Claro. ¿Qué otra cosa que suposiciones puede hacer?

El jefe se rascó la cabeza, con ademán no del todo correcto.

—Escuche esto, Tynan...

* * *

El doctor Ralph Steinitz, primer observador en la estación astronómica de Point of Rocks (Washington), bajó de la escalerilla que utilizaba para acercarse al ocular del enorme anteojo y miró al hombre gordo y calvo, también de blusa blanca como él, que lo contemplaba desde abajo.

—Eche usted un vistazo a esto, Goggins.

—¿Sigue lo mismo? — el llamado Goggins aguardó ansiosamente la respuesta. No parecía él suponer que las cosas a que ambos se referían siguieran lo mismo.

—Por cierto que no, Goggins, pero observe usted.

Bajó rápidamente por la escalerilla, y dejó paso a Goggins. Éste acercó a su vez el ojo al ocular del aparato.

Estuvo un rato mirando atentamente por el cristal, sin dejar de ajustar a cada instante pivotes y tornillos.

—¡Dios mío! —dijo por fin.

—¿Se da cuenta usted? — Steinitz habló desde abajo, mirando a su colega, que continuaba encaramado en la escalerilla—. ¿Comprende lo que significa eso, Goggins?

Goggins volvió a mirar.

Bajo su vista se extendió el campo circular del anteojo astronómico, cruzado perpendicularmente por la retícula. Y sobre el cielo oscuro de la noche distinguió la inconfundible forma de Marte, que ocupaba casi la mitad del campo.

Miró mejor. A un lado del campo se distinguían también los dos pequeños satélites de Marte, Phobos y Deimos, no más que partículas de polvo cósmico, de doce y diez kilómetros de diámetro, respectivamente. Un observador aficionado y aun un profesional mediocre, no habrían notado nada de especial interés, pero el doctor Goggins no era aficionado ni mediocre. Además, hacía

horas que tanto él como su colega Steinitz habían comenzado a sospechar, luego a advertir, lo que ahora se veía claramente.

—¡Se aleja, Steinitz! —exclamó—. ¡Se aleja! ¡Y Deimos se desvía de su órbita!

—Ya lo creo, Goggins — admitió el segundo observador, no sin cierto sonsonete sarcástico—. Pero eso ya habíamos comenzado a notarlo esta mañana. Ahora podría decirse algo más, ¿no le parece?

—Diría que se separa totalmente — corrigió—. Que no es una simple desviación, ni un ensanchamiento de la órbita, sino que se trata de un apartamiento definitivo. Está demasiado lejos ya, Steinitz.

—Exacto — afirmó Steinitz—. Deimos va a perderse en el espacio. Con su escaso tamaño, pronto estará fuera del alcance del telescopio. Los hechos son esos, Goggins, están a la vista... Pero ¿a qué se debe ese fenómeno?

—Tal vez a algún otro cuerpo celeste... un cometa, pues no puede ser otra cosa, lo que lo ha atraído.

—¡Ah! —exclamó Steinitz, otra vez sarcástico—, ¿Y encuentra usted al cometa, Goggins? Busque, busque.

* * *

Dos días más tarde, el doctor Steinitz volvió a aplicar el ojo, como lo venían haciendo ahora, cien veces por día, tanto él como los demás astrónomos de la Tierra, al ocular del telescopio.

Marte volvió a aparecer en el campo, enorme, como correspondía al período de conjunción con la Tierra porque atravesaba el planeta rojo. Steinitz no buscó ya sino una de las dos lunas marcianas: Phobos. La otra, Deimos, había desaparecido hacía dos días del campo visual, y ningún instrumento era capaz de mostrar dónde estaba.

La teoría del cometa, enunciada un poco precipitadamente por el doctor Goggins, había tenido que ser desechada de inmediato. No existía cometa alguno en lugar del espacio donde su gravedad pudiera tener influencia en la gravitación de los satélites de Marte.

Se habían enunciado otras teorías, no menos de cuatro, todas hijas del desconcierto en que se encontraban los astrónomos. Ninguna, en la autorizada opinión de Steinitz, merecía siquiera mencionarse.

Había otro problema científico que se trataba de resolver, más bien por teorías que por la observación, la cual era ya nula.

¿Hacia dónde había ido el minúsculo satélite marciano?

No había dejado de existir, pues hasta el último momento se lo había visto alejarse, siguiendo la tangente de su órbita, disminuyendo de tamaño virtual hasta perderse de vista en el campo del anteojo. Deimos existía en algún punto del espacio, pero ¿dónde?

Podía haber sido absorbido por el sol, desapareciendo en su masa incandescente.

Lo más probable era que Deimos anduviera vagando a aquellas horas por el espacio, atraído por el Sol, en virtud de circunstancias inexplicables, pero no absorbido. Se habría convertido en uno de los tantos asteroides o planetoides, que giran en su propia órbita, mientras no caen en la zona de atracción de algún planeta.

—¿Y Phobos?

Steinitz ajustó unos tornillos, precisando más el campo de visión.

Miró durante largo rato, luego se apartó, volvió a ajustar otros tornillos.

Phobos también se estaba desviando de su órbita.

* * *

—¿Y qué sentido cree usted que puede tener todo eso, señor Burnett?

El jefe del Servicio de Informaciones volvió a rascarse la cabeza, con su habitual y desagradable ademán. Tynan lo disculpó momentáneamente. Lo que le habían contado era capaz de desconcertar a cualquiera, si pretendía darle una significación política.

Deimos, el más pequeño de los dos satélites marcianos, se había apartado de su órbita y perdido, aparentemente para siempre, en el espacio. Dos días más tarde, Phobos comenzaba a desviarse también, algunos grados. Pero esta vez, obedeciendo a una misteriosa fuerza, el pequeño satélite había vuelto a encajar en su órbita. En momentos en que Burnett y Tynan conversaban en el despacho del primero, Phobos giraba normalmente alrededor del planeta Marte.

Si inexplicable era lo primero, lo segundo, el hecho de que un satélite desviado hubiera regresado a su órbita, era más inexplicable todavía. Algo ilógico.

—No lo sé — dijo Burnett—. Por mi vida que no lo sabe nadie... en la Tierra, al menos. Sentido político, quiero decir, pues lo que signifique todo eso científicamente me importa un cuerno.

Hubo una pausa.

—¿Y qué opinan en Marte? — dijo Tynan—. ¿Qué noticias vienen de allí?

Burnett se encogió de hombros, pasando a explicar:

—Poco o nada. Las comunicaciones con Marte, aquí como en la Luna, son cada día más frías y más escasas. Hablo de las comunicaciones públicas y visibles, naturalmente. Parece que no les preocupa mucho lo ocurrido.

En realidad, se dijo Tynan, desde el punto de vista práctico no podía significar gran cosa la pérdida de un satélite, aparte de alguna alteración en las mareas y quizá alguno que otro efecto secundario. Deimos y Phobos eran satélites deshabitados, cuerpos muertos, una vez agotados sus antiguos yacimientos de materiales atómicos y demás minerales aprovechables.

Burnett se inclinó hacia adelante, juntando las manos sobre la mesa.

—Escuche, Tynan — dijo—. Su amigo Grant sospecha de influencias marcianas en el resurgimiento del «Free Moon». No me parece disparatada la hipótesis. Ahora ocurre esto que le he contado. Sé que le pido algo difícil, pero quiero que vuelva a la Luna cuanto antes y trate de averiguar si existe alguna relación entre el «Free Moon» y esto que informan los astrónomos sobre Phobos y Deimos.

## CAPÍTULO IV

## OTRA ESTRELLA ERRANTE




L viajante de comercio Duncan Smith desapareció esta vez. También desapareció, como era costumbre en casos similares, Henry Tynan.

En la pequeña astronave que le llevó de regreso a la Luna, Tynan viajó ya disfrazado, con el cabello cortado al rape y teñido de negro, el cutis oscurecido por un tinte, y ropas más en consonancia con un plomero en día de fiesta que con un agente secreto. Su tarjeta de identificación esta vez: Wilfred Peck.

Por lo demás, el piloto de la máquina, miembro él también, aunque de categoría inferior, del Servicio Secreto, estaba al tanto de que llevaba a un agente y que debía obedecer sus órdenes. Según Burnett, era un hombre de confianza con quien podía contarse, aunque no había sido informado sino de que Tynan era un agente que viajaba en misión especial.

Tynan no había pensado descender esta vez en Callaban, sino en Moon York, la población, no por cierto de gran importancia, de acuerdo con los cánones terrestres, que seguía en densidad a la capital selenita. El aparato llegaría durante la noche, cuando menos gente podía observar al recién llagado; Tynan, bajo su identidad supuesta, ocuparía una habitación en un hotel cualquiera, y luego se trasladaría a Callahan, en uno de los modestos aparatos aéreos de transporte colectivo.

Al entrar en la atmósfera artificial de la Luna, la velocidad de la astronave disminuyó, sin dejar de ser elevada. Entraron en la parte de la Luna oscurecida por la noche.

—Dentro de un minuto estaremos en el aeródromo, señor Peck — dijo el piloto. Aun tratándose de un hombre de confianza de Burnett, no se le había confiado el verdadero nombre de su pasajero—. ¿Nunca estuvo usted antes en Moon York?

—Nunca — confesó Tynan.

—No crea que se parece a Callahan. Tiene un solo hotel, y no de los más...—el piloto se detuvo y miró hacia afuera por la ventanilla circular de la cabina—. ¡Mire, señor Peck!

Tynan había visto también. Se trataba de un bólido.

—¡Otra estrella errante!—comentó el piloto—. Están cayendo muchas en la Luna en estos últimos tiempos. No sé a qué se deberá ese fenómeno.

—Yo tampoco, Warne — admitió Tynan—, Y crea que me gustaría saberlo.

—Y ése fue especialmente grande. No quisiera haber estado cerca cuando llegó al suelo.

Tynan calló, como sin dar importancia al asunto. En verdad, él también había notado el especial brillo del presunto aerolito, pero no atribuía está circunstancia al tamaño del mismo, sino a su proximidad a los observadores. Se acercó a la ventana y miró hacia abajo.

No le costó mucho descubrir, a la distancia, en la oscuridad casi absoluta de la noche lunar, un punto brillante, inmóvil ahora, que se oscurecía rápidamente.

El piloto también se acercó a mirar. Por primera vez advirtió Tynan un dejo de reticencia en su actitud. Era un hombre joven, de mandíbula cuadrada, un tanto brusco, pero Tynan sentía instintivamente que Burnett hacía bien en confiar en él.

—¿Un aerolito—preguntó — o bien una astronave? Una astronave marciana, quiero decir.

Tynan comprendió que era inútil el disimulo. El piloto entendía sin duda más que él de aeronaves, y también de estrellas errantes.

—No lo sé —dijo Henry—. Vamos a acercarnos un poco, ¿qué le parece?

Sin responder, el piloto manejó unos controles. La pequeña astronave cambió de rumbo, describiendo un semicírculo, y avanzó hacia el punto luminoso que todavía se distinguía apenas, abajo.

—¿Qué armas lleva a bordo? — inquirió Tynan.

El piloto lo miró con sorpresa.

—¿Armas? Una ametralladora atómica. Pero no tenemos nada con los marcianos, al menos que yo sepa.

—Nada. Sólo que esto no es Callahan. No tienen permiso para aterrizar en esta región, según creo.

El piloto se encogió de hombros y, sin aguardar otra indicación, aceleró aún más la marcha del aparato.

Tynan calculó que estarían ya encima del lugar en que había caído el objeto brillante, aunque éste no se veía ya ahora, desaparecida la momentánea incandescencia de su superficie. Eso era, por otra parte, lo que ocurría con las

astronaves marcianas, según lo que sabía Tynan por lecturas y referencias.

—¿Bajamos un poco más? — insinuó Henry.

Sin responder, el piloto volvió a tocar los mandos. Tynan notó que el aparato descendía.

Vio entonces algo más, que no había notado hasta entonces.

Ahora no eran uno, sino varios puntos luminosos, no rojizos como la incandescencia del bólido — o la astronave marciana, en su caso—, sino blanquecinos. Eran también muy tenues, lo cual explicaba el que los dos viajeros no los hubieran observado antes. Tynan los contó: uno, dos... hasta cinco.

—¿Tiene usted idea de qué pueda ser eso? — preguntó, dejando de lado toda reserva.

El piloto miró también.

—¡Por vida...! ¡Créame que no lo sé, señor! —El hombre reflexionó un momento—. ¿Y si le dijera que me parece que son ventanas?

—¿Ventanas?

—Ventanas iluminadas, eso es. Hay algún edificio ahí, señor Tynan.

Una duda asaltó la mente de Tynan.

—¿Sobre dónde volamos ahora, amigo?

—Sobre una masa de montañas y cráteres, al sudoeste, cien millas para ser más exacto, de Nueva Pretoria. Es prácticamente un desierto; no sé quién puede haber construido ahí una casa.

Sin aguardar esta vez a que se lo pidiera Tynan, el piloto se acercó a los comandos. La astronave descendió más aún.

¡Crack! ¡Crack! ¡Crack!

Primero se vieron los puntos luminosos, muy brillantes ahora, en seguida las detonaciones, en una larga serie. Tynan sintió algo que pasaba aullando cerca de la ventanilla de la astronave. Instintivamente apartó la cabeza.

—¡Nos atacan, Warne! ¡Elévese!

El otro ya había comprendido. Saltó un manotazo a la palanca y la astronave dio un salto hacia arriba.

—¿Dónde tiene la ametralladora? — inquirió Tynan.

Sin dejar de manejar los comandos, Warne hizo una indicación con la mano izquierda. Tynan se precipitó hacia el lugar señalado, descorrió una cubierta de plástico y dejó al descubierto la culata reluciente de una ametralladora atómica de último modelo.

—No se aleje —ordenó—. Continúe dando vueltas en círculo.

La serie de detonaciones continuaba abajo. Un crujido que pareció querer desgarrar la pequeña astronave de punta a punta sonó de pronto, casi bajo los pies de Tynan.

—¡Un impacto! — exclamó el joven.

—No es nada, señor — el piloto tenía los dientes apretados, pero las manos firmes en los comandos—¿Sabe usted manejar ese trasto?

—Por cierto que sí, Warne.

Tynan dio mentalmente gracias a Dios por haber servido su año de aprendizaje militar en las fuerzas de la Federación de Naciones. Rápidamente preparó las piezas de la ametralladora, junto a la cual había un largo tubo de proyectiles atómicos de repuesto. Comenzó a hacer fuego, apuntando hacia el sitio donde había visto brillar los puntos luminosos.

El fuego recrudeció, abajo. No era ahora una, sino varias piezas de artillería atómica las que funcionaban con feroz repiqueteo. Tynan no tenía la menor idea de si sus propios disparos surtían algún efecto, pero se dijo que ello era difícil, dada la velocidad y el movimiento circular de su astronave, En cambio, los disparos enemigos, en mucho mayor número, aun hechos al azar, tenían necesariamente que alcanzarlo un momento u otro.

—¿Uso la radio? — insinuó Warne.

—¿La radio? — repitió Tynan distraídamente, sin apartar su atención de la ametralladora.

—Para pedir auxilio — completó el piloto—. No tardarían en venir fuerzas de Callahan.

—No —Tynan sacudió la cabeza— No puedo alarmar a todo el mundo. Mi misión es reservada, Warne.

Otro proyectil pasó rozando la astronave, con un largo y ominoso chirrido. Tynan comprendió que se habían salvado casi por milagro. El próximo daría más de lleno y...

Tynan no era ningún cobarde, pero no le seducía en absoluto la perspectiva de perecer así, perdido entre los cráteres de la Luna, inútilmente, sin siquiera poder informar a sus jefes de lo que ocurría.

—Ponga proa hacia el este, Warne — indicó, sin soltar la ametralladora.

—¿Hacia Moon York, señor?

—No — corrigió Tynan—. Deje a Moon York. Creo que es tarde ya para tantas sutilezas. Vamos directamente a Callahan.

## CAPÍTULO V

## EL ATAQUE


RAN las tres y media de la mañana, fría como todas las de la Luna, cuando Henry Tynan se alejó a pie del aeródromo, y se internó por las calles de Callahan.

No pensó en buscar un hotel cualquiera, que no fuera el mismo del aeródromo, y ocupar una habitación, como había resuelto antes de que ocurriera el tiroteo contra la astronave. Al menos, no era eso lo que convenía a una hora en que la presencia de un desconocido llamaría la atención en cualquier hotel. Tynan sabía ahora que las cosas estaban demasiado complicadas en la Luna para aventurarse a correr un riesgo más, que además era innecesario.

Warne, por su parte, había quedado en el aeródromo, como su condición de miembro de la Fuerza Aérea lo hacía normal. Tynan recordó al joven piloto con aprobación. Era valiente y hábil, y sin duda resultaría útil. Tynan había comprendido lo ingenuo que sería el ocultarle demasiado la verdad después de lo ocurrido.

Sabiendo que existía en algún lugar del desierto lunar, a cien millas al sudoeste de Nueva Pretoria, un misterioso refugio, acaso una base clandestina de astronaves marcianas, desde la cual había sido tiroteado un aparato oficial llegado de la Tierra, Tynan se había preguntado durante el resto del viaje si su deber no sería ahora dejar de lado su condición de agente secreto e informar directamente al coronel Duff, jefe de las fuerzas de la Federación de Naciones de guarnición en Callahan. Ciertamente, en la Luna existía también un servicio de investigaciones secretas, pero éste dependía directamente del gobierno territorial, y las instrucciones de Tynan eran explícitas en el sentido de que no se pusiera en contacto con aquellos agentes. Pero el aspecto militar era otro, y muy distinto. En ese sentido, el de la fuerza armada, poco podía hacer él, Henry Tynan; al menos él solo. Y la omisión en informar podía significar acaso una catástrofe.

Con todo, Tynan se había decidido por otra salida, más expuesta, pero también más de acuerdo con su misión secreta. Informaría de lo ocurrido al coronel Duff, pero no antes de haber explorado él mismo los alrededores de la

extraña construcción cuyas ventanas iluminadas habían visto desde la astronave él y Warne.

Y para ello le sería útil el joven piloto. Había convenido con Warne en que éste demoraría su regreso a la Tierra, y, en cambio, lo llevaría a él, a la noche siguiente, a cualquier punto situado en el desierto, a unas millas del lugar deseado. No volarían en la astronave, sino en uno de los pequeños aviones atómicos comunes en la Luna, algo anticuados, pero de vuelo prácticamente silencioso. Trataría de aterrizar sin ser notados y luego proseguirían su camino a pie, por los cráteres.

Mientras tanto, lo primero que necesitaba, pensó Tynan, era un refugio para pasar lo que quedaba de la noche. Por más de una razón se decidió por la casa de Jeffery Grant.

Grant alquilaba un pequeño apartamento en el centro de Callahan. Hacia allí se dirigió Tynan.

Las calles estaban desiertas y sólo uno que otro avión retardado, vagamente luminoso, pasaba casi rozando los edificios. Callahan era una ciudad casi patriarcal, sin el vértigo de velocidad propio de las ciudades terrestres. Tynan pasaba ante una larga serie de pequeños establecimientos comerciales Uno de ellos atrajo su atención: «Droguería». Debajo del letrero, una placa más pequeña decía: «James Owen, droguero».

Tames Owen. El padre, sin duda, de la muchacha que había estado escuchando su conversación con Grant la noche de su anterior llegada a la Luna. Se llamaba Maggie, Maggie Owen. Una sensación parecida a la angustia asaltó a Tynan cuando se preguntó si en realidad sería ella miembro del «Free Moon», de una sociedad de asesinos con pretextos políticos.

No tardó en llegar al frente de la casa en que vivía Grant.

Cuando alzó la mano para oprimir el botón del timbre se detuvo. Le había parecido oír un ruido de pasos, muy tenue, a sus espaldas.

Se volvió y miró. La calle estaba desierta, como todas las de Callahan a aquellas horas en que sólo algún que otro agente de policía, medio dormido, mantenía una apariencia de guardia. Tynan se dijo que el episodio ocurrido sobre el desierto lunar un rato antes le había sobreexcitado los nervios.

Oprimió el llamador. Tuvo que repetir la operación tres o cuatro veces antes de que la voz somnolienta de Grant llegara por el pequeño altavoz de la puerta:

—¡Hola! ¿Qué quieren ahí?

—¿Grant?—. preguntó el joven, aunque la pregunta era innecesaria—. Soy yo, Tynan. ¿Conoces mi voz? Wilfred Peck, para ser más exacto.

—¡Diablos! Sí, la conozco. — Grant aceptó la ficción del hombre. — Ya

bajo, Peck. Un momento.

Tynan sonrió. Era agradable encontrar a aquellas horas una casa con un amigo, algo de comer y una cama. De pronto volvió a recordar que un momento antes le había parecido oír rumor de pasos. ¿Era en verdad una sugestión de su fantasía, o realidad? Miró de nuevo hacia la calle, iluminada a medias por la luz difusa que brotaba de bajo la línea de ventanas.

Entonces le pareció distinguir, a unas cien yardas de distancia, un bulto más oscuro que se movía, como si avanzara hacia él. En el momento en que Tynan miró hacia allí, la silueta desapareció repentinamente, como si se hubiera refugiado en el hueco de alguna puerta.

El primer movimiento de Tynan fue echar a andar en dirección de aquella silueta. Luego pensó que lo mejor era precisamente lo contrario: seguir por el mismo camino que había llevado hasta aquel momento, dejando que el otro continuara la persecución, si era que lo estaba siguiendo.

Sin esperar a que bajara Jeffrey, y sin pensarlo más, Tynan avanzó por la acera.

No se había equivocado. La silueta, que parecía corresponder a un hombre de muy baja estatura, siguió andando tras él.

Tynan se llevó la mano debajo de la axila, donde llevaba invariablemente su pistola atómica. Cuando llegó a la próxima esquina tomó por la calle lateral, pero sólo siguió andando unas veinte yardas; entonces se detuvo y se refugió en el hueco de una puerta.

Era un truco ingenuo, pero el único que tenía a mano Tynan se dijo que su perseguidor difícilmente caería en la pequeña trampa. En ese momento Oyó, en el silencio de la ciudad dormida, la voz de Grant:

—¡Peck! ¿Dónde estás, Peck?

Acaso fue la intempestiva llamada de Grant lo que decidió al perseguidor de Tynan a doblar él también la esquina. El hecho fue que Henry vio la pequeña silueta venir hacia él, de frente ahora. El joven tenía ya la pistola atómica en la mano, pronta. Un grito de sorpresa estuvo a punto de escaparse de sus labios al ver con quién tenía que habérselas.

Desde lejos le había parecido a Tynan que se trataba de un hombre pequeño, acaso un enano.

Ahora, más de cerca, pudo apreciar con claridad que el que lo había seguido «no era un hombre».

Tynan no había visto nunca marcianos, salvo en fotografías o en las pantallas de la televisión. Pero la silueta, que no pasaba de cinco pies de altura, la cabeza demasiado grande, el rostro de extraordinaria palidez, con enormes ojos bovinos, y los largos brazos provistos de manos como garras,

eran inconfundibles ahora, al resplandor de los focos de luz indirecta que se mezclaban ya con la del alba. El que había frente a Tynan vestía un traje correcto, que hubiera pasado perfectamente en París. Hacía diez años que por primera vez llegara un marciano a la Tierra, y Tynan conservaba fresca la impresión que le había causado el conocer, aun en efigie, a aquellos seres racionales, que se conducían, hablaban y vestían como hombres, pero que no eran hombres.

El marciano alzó un brazo y enderezó hacía Tynan el extremo de algo como una regla cilíndrica, de un pie de largo. Tynan sabía también lo que significaba aquello. Se hizo a un lado y se encogió ágilmente, a tiempo que un casi imperceptible destello luminoso brotaba de la extremidad de la regla, que no era en realidad cilíndrica sino hueca, en forma de tubo.

Tynan resolló. Había eludido por una infinitesimal fracción de pulgada el impacto del proyectil inmaterial, de pura energía, disparado por el marciano. No le dio tiempo a enviar el segundo. La pistola atómica, provista de silenciador especial ladró sordamente una, dos, tres veces. Tynan tuvo el tiempo justo para ver al marciano caer hecho un ovillo, antes de darse cuenta de que su perseguidor no era uno solo. Otra pequeña figura de vago aspecto humano dobló en aquel momento la esquina. No traía en la mano la terrible arma, propia de su planeta, pero se precipitó sobre, Henry, de un increíble salto que hubiera resultado fantástico en un ser humano.

Tynan oprimió otra vez el disparador de la pistola atómica, pero era tarde; la sorpresa había retardado su reacción, y el violento impacto del cuerpo del segundo marciano desvió los tiros: una serie de proyectiles se perdió hacia arriba, en el cielo lunar.

Tynan había oído hablar de la extraordinaria fuerza física de los marcianos, pero siempre había juzgado exagerados los relatos. Ahora la experimentó personalmente. Una de las peludas manos del individuo se aferró a su muñeca, impidiéndole el uso de la pistola atómica; otra lo sujetó por el cuello, en una atroz presión que le hizo nublársele la vista, al borde del desmayo.

El joven reaccionó, sin embargo. Con un supremo esfuerzo logró mantener alerta sus sentidos, consciente de que si cedía por un instante, ése sería el último. Dirigió un violento puntapié al vientre del marciano. Estaba seguro de haber pegado bien, pero sólo un insignificante gemido del otro anunció que había recibido el golpe.

Pegó otra vez, reuniendo todas sus energías.

Las facciones impávidas y amarillentas del marciano se contrajeron en un rictus. La presión sobre el cuello de Tynan aflojó un tanto. Henry aprovechó el momento de alivio y pegó, con la mano que sostenía aún la pistola atómica, en el rostro de su enemigo. Éste echó la cabeza hacia atrás, y eso fue todo.

Con la lucidez de la desesperación, Tynan pensó que acaso Grant estuviera cerca, buscándolo, después de haber salido a la puerta de la calle y visto la desaparición de su amigo. Aprovechó el instante — sabía que sólo tendría un instante — para gritar:

—¡Grant! ¡Socorro, Grant!

En el silencio de la madrugada alcanzó a oír los pasos que se aproximaban, pero le pareció un siglo el tiempo que Jeffery tardó en aparecer.

Traía en la mano una pistola atómica de generosas proporciones. Tynan sabía que Grant era un excelente tirador, pero una sensación de temor se apoderó de él cuando vio a su amigo alzar el arma y hacer fuego. El mínimo error de puntería podría significar que el proyectil no hiciese blanco en el marciano sino en él, Henry Tynan.

Pero Grant no erró.

Henry reprimió una exclamación de alivio al ver caer a su pequeño y temible adversario. Se llevó las manos al cuello, donde aún le dolía la presión de las garras que habían estado a punto de acabar con su vida.

—Gracias, Grant—dijo—. Llegaste muy a tiempo.

Pero en seguida reaccionó. Tenía cosas en que pensar más importantes que en sus propias molestias físicas. Dentro de un instante tendría encima a la policía de Callahan, que empezaría con los inevitables y fastidiosos pedidos de informes. Todo podría echarse a perder. Tynan miró hacia el extremo de la calle: no se veía a nadie.

Grant comprendió el significado de la mirada que le dirigió Henry. Él también pensaba lo mismo.

Tomaron por una calle, luego por otra, siempre en dirección de las afueras de la ciudad. Un silbido rítmico, procedente del silbato de un guardia, les indicó que los cadáveres de los dos marcianos ya habían sido encontrados.

Cuando les pareció que se habían alejado, discretamente amenguaron el paso.

—Es curioso — comentó Tynan—. Nadie nos ha molestado. Yo habría dicho que no andaríamos doscientas yardas sin que nos detuvieran.

Jeffery gruñó:

—No sé — dijo—. Diría que esos polizontes no se preocupan por nosotros, ni por los marcianos. Que están intranquilos. Tal vez están temiendo que ocurra algo.

Se detuvo de pronto. Tynan se detuvo también.

—¿Has oído, Grant?

Del lado norte de la ciudad, probablemente, pensó Tynan, del aeródromo, llegó el estampido de una fuerte explosión, seguido de un repiqueteo de detonaciones minúsculas.

—Están combatiendo — dijo Grant.

Ni Tynan ni su amigo vacilaron un instante en la actitud que debían tomar en aquel momento.

Las cosas se estaban aclarando rápidamente. Los marcianos, cualquiera que fuese la intención que los llevaba a intervenir en las relaciones entre la Tierra y su satélite, habían puesto ya las cartas sobre la mesa. Dos de ellos habían quedado tendidos, en plena evidencia, en las calles de Callahan. Por otra parte, los disparos que sonaban en el norte de la ciudad, cerca del aeródromo, anunciaban que la insurrección había estallado.

—Es cerca del aeródromo, Grant—exclamó Tynan—. ¡Vamos, pronto!

Corrieron, forzando la marcha cuanto les daban sus pulmones. Siguieron por la calle, hacia el norte. La luz del amanecer aclaraba segundo a segundo, más rápida en la Luna que en la Tierra, en razón de la menor densidad de la atmósfera artificial selenita.

Las detonaciones seguían oyéndose. Pertenecían — podía apreciarse claramente — a dos tipos de armas distintas. Uno de ellos correspondía al modelo de pistolas ametralladoras atómicas empleadas por las fuerzas policiales selenitas; el otro producía detonaciones más potentes, y a Tynan le pareció, mientras corría, que eran también más frecuentes y rápidas.

—Los tiros son en las calles — observó Grant—, pero la explosión fue en el aeródromo. Han destruido algo, alguna instalación, tal vez una astronave.

—¿Sabotaje?

—Sí—repuso Grant—. Pero no es sólo sabotaje. Es la insurrección, directamente.

Tynan comprendió que, desgraciadamente, lo que decía Grant tenía que ser cierto. El ruido de la lucha no procedía sólo de un punto, sino de varios, indicando que no se trataba de un incidente aislado sino de núcleos coordinados de antemano.

Involuntariamente, Tynan miró hacia el negro cielo.

—La insurrección — dijo—. Y los marcianos metidos abiertamente en el asunto. No me extrañaría que empezaran a llegar astronaves.

Grant no contestó. En verdad, era inútil hacer conjeturas. Urgía mucho más ayudar a los que estaban combatiendo contra los rebeldes.

Desembocaron en una calle lateral y distinguieron, a no más de doscientas yardas, los fondos del hotel del aeródromo. Una granizada de proyectiles

saludó su llegada; una o dos de las balas pasaron peligrosamente cerca de los oídos de Tynan.

A la luz grisácea del amanecer, se distinguían vagamente, medio escondidas en cuanto hueco de la pared podía ofrecer alguna protección, las siluetas de los hombres que combatían. Tynan se mordió el labio inferior al cerciorarse de que los que peleaban vestían ropas diversas, menos el uniforme gris característico de la policía de Callahan.

—Son rebeldes — dijo.

Grant se limitó a inclinar la cabeza, asintiendo. Tenía en la mano su poderosa pistola atómica de repetición, una verdadera ametralladora, con minúsculos proyectiles de gran alcance. La alzó e hizo fuego.

Henry dominó su repugnancia al tener que atacar así a un adversario que estaba de espaldas a ellos, combatiendo contra otro enemigo. Pero no era momento de elegir demasiado los medios. Por otra parte, ninguna ayuda podía ser más útil para la policía que el formar así un segundo frente en la retaguardia de los rebeldes. Tynan se agazapó, arrimado a la pared, e hizo fuego.

Vio que uno de los sublevados se erguía lentamente y se desplomaba después sobre el pavimento.

El resto de las balas se perdió sin dar en el blanco.

—¡Cayó uno! —exclamó Jeffery.

Tynan no sentía ningún entusiasmo por lo que estaba haciendo, pero volvió a apuntar en busca de un blanco. Una granizada de proyectiles atómicos llegó en respuesta.

Un coro de gritos y detonaciones que procedía de la calle por donde Grant y Tynan habían llegado los obligó a desviar su atención del enemigo que tenían al frente. Ya habían advertido que la lucha no estaba centralizada en aquel punto, sino que existían varios núcleos en la ciudad, acaso muchos. Vieron ahora que otro grupo de combatientes venía huyendo por la segunda calle, perseguido y en completa derrota.

Tynan calculó que se trataría de unos veinte o treinta hombres. Algunos se daban vuelta todavía, de vez en cuando, para hacer fuego con pistolas; los más sólo pensaban en ponerse a salvo. Las detonaciones menudeaban detrás de ellos; uno se inclinó hacia adelante y cayó, estrellándose contra el pavimento en su carrera. Cinco o seis se volvieron hacia atrás, con las manos en alto. El grupo estaba aún a unas cien yardas de Tynan, pero el joven oyó claramente las voces:

—¡No tiren!

Una nueva ráfaga de disparos fue la respuesta. Tynan vio a los que

intentaban rendirse caer como muñecos, entre un coro de indignados apóstrofes de los que huían.

—¡Canallas! ¡Asesinos!

Tynan sintió que su indignación no era menor que la de los derrotados rebeldes. Durante un instante experimentó verdadera repugnancia por la que estaban haciendo, y hasta por la misión que lo había llevado a la Luna.

El grupo de derrotados sediciosos abandonó todo nuevo intento de rendición y puso su única esperanza en la fuga. Cuatro o cinco rodaron como muñecos, alcanzados por los proyectiles de los despiadados perseguidores.

Tynan hizo un movimiento como para estrellar su pistola atómica contra el suelo.

—Me dan ganas de afiliarme al «Free Moon» yo también — barbotó, apretando los dientes—. ¿Qué te parece, Jeffrey?

Grant no contestó. Tenía la vista fija en una de las figuras que corrían, acercándose a ellos, ya a no más de treinta yardas de distancia. Tynan miró también. Era una figura vestida con ropas de hombre, pero pequeña y grácil, aun en aquella desesperada carrera por la vida. Una orla de cabellos oscuros flotaba al viento detrás de su cabeza. Tynan lanzó una exclamación al reconocerla.

Se trataba de Maggie Owen, la hija del droguero, la muchacha a quien Tynan había conocido de vista en el hotel del aeródromo. Henry recordó que le había visto puesto un emblema de oro en forma de estrella, sin duda símbolo de la Luna Libre.

Pero no pensó en eso. Sólo vio a una pobre mujer fugitiva, seguida por una horda de brutales esbirros, uno de los cuales, al menos, no vacilaba en hacer fuego con armas atómicas contra el enemigo derrotado que se rendía.

—¡Cuidado, Tynan!—oyó el joven que gritaba Grant.

El aviso de prudencia llegó tarde.

Tynan se había lanzado ya en dirección del grupo de fugitivos que se acercaban. Su intención era aproximarse a la joven y apartarla de sus compañeros, hacia la calle lateral, donde acaso pudiera pasar inadvertida en el tumulto. Pero antes de lo que pensaba se vio envuelto en el revuelo de gente que corría. Uno de los rebeldes chocó con él en su carrera y lo empujó hacia un lado, haciéndole perder a medias el equilibrio. Tynan se repuso, pero no sin verse obligado a correr él también, unos pasos, en la misma dirección que los que huían.

Entonces vio a la muchacha cerca de él, y trató de tomarla por un brazo mientras huía. Ella volvió el rostro hacia él, y evidentemente lo reconoció. Pero Tynan no vio ninguna señal de simpatía en aquella mirada. La muchacha

hizo un movimiento lateral para apartarse de Henry Tynan, como con rabia.

Otro disparo, uno sólo esta vez, de pistola atómica, indicó a Tynan que los perseguidores, y en particular uno de ellos, no dormían. Un hombre, muy cerca del joven, lanzó un ronco gemido y se desplomó hacia adelante. Otro se detuvo y miró hacia atrás; tenía a su vez una pistola atómica en la mano. Hizo fuego.

Los guardias venían ya muy cerca. Tynan alcanzó a ver que algunos de ellos se detenían un instante; otra granizada de proyectiles aulló por el aire. Tynan sintió pasar uno de ellos rozándole la oreja derecha. El rebelde que había hecho fuego, y tres de sus compañeros, los que estaban más a retaguardia, cayeron al suelo.

Tynan vio que la joven estaba desarmada. Volvió a acercarse a ella.

—Van a matarla, muchacha — dijo—. Es inútil esto. Venga conmigo.

Lo que acababa de ocurrir un momento antes no había sido más que una última intentona de hombres definitivamente vencidos y acorralados. La fuga continuó, con los que quedaban en pie. Un instante más y el grupo de los fugitivos llegó a la esquina.

—¡A dispersarse! — gritó uno.

Era la táctica más apropiada, y la siguieron todos. Tynan, por su parte, no ignoraba que él también estaba, en aquellos momentos, envuelto en el mismo peligro que los rebeldes. De nada le valdría tener en el bolsillo una tarjeta que lo acreditaba, no precisamente como agente secreto pero si como miembros de la policía de Callahan. Antes de que hubiera podido darse a conocer habría sido acribillado por una ráfaga.

Tynan tomó por el brazo a la muchacha, mientras ambos corrían, llegando en aquel momento a la esquina. Ella hizo un brusco movimiento para zafarse, pero luego cedió.

—Hágame caso — insistió Henry—. Venga.

Se apartó con ella hacia un lado, entre la confusión de fugitivos que se dispersaban. Buscó desesperadamente, con la vista, donde esconderse. Las puertas estaban cerradas, pero una de ellas presentaba un amplio portal, casi un zaguán, de no menos de cinco yardas de profundidad. Tynan, casi a la fuerza, empujó dentro del providencial hueco a la joven.

—Quédese aquí—exclamó imperativamente—. Tal vez pasen de largo, sin vernos. Nada ganará con hacerse matar afuera.

Un nuevo redoble de disparos sonó en la calle, seguido por varias exclamaciones, unas de dolor y otras de rabia.

Maggie Owen se sacudió, tratando de soltar su brazo de la mano de Tynan

que lo sujetaba. Henry vio que la joven estaba a punto de estallar en una crisis.

—¡Déjeme ir! ¡Están asesinando a mis compañeros! ¡Usted también es un esbirro!

—Tal vez —admitió él—, pero en este momento estoy evitando que la maten. Hágame caso.

—¡Oh, déjeme!

Media docena de siluetas pasaron corriendo por ante la puerta, sin advertir la presencia de los dos refugiados. Unos eran fugitivos, los demás guardias, con su característico uniforme gris. Tynan dejó escapar un suspiro de alivio.

Todavía se oían a lo lejos detonaciones procedentes de distintos puntos de la ciudad, que indicaban que la revuelta no había cesado todavía, aunque cedía rápidamente. Pero el peligro corrido un momento antes por Maggie Owen y Tynan sí había pasado. Los de la policía se alejaban en varias direcciones, en persecución de los fugitivos dispersos.

¿Y Grant? ¿Dónde se habría metido Grant?

Henry no se preocupó por su amigo, sabiendo que Jeffery era perfectamente capaz de valerse en una contingencia mucho peor que aquélla. Miró a la muchacha, que permanecía a su lado, sin resistir ahora. Pasado el peligro inmediato, la reacción comenzaba. Maggie Owen lloraba suavemente.

—Los han matado — dijo secándose las lágrimas con un pañuelo inverosímilmente pequeño que sacó de su manga—. Han asesinado a los que se rendían. Tal vez han matado también a Paul.

Se volvió de pronto hacia Tynan.

—Y usted ¿qué quiere aquí? ¿Por qué ha hecho esto? ¿A qué fingir que tiene intención de salvarme?

Tynan sintió un impulso de indignación ante la ingratitud que dejaban traslucir aquellas duras palabras.

—Oiga, muchacha — dijo—, poco me importa su opinión sobre mí—. Se mordió el labio, comprendiendo que estaba mintiendo, y que la opinión de aquella mujer le importaba mucho—. Tampoco le interesa a usted quién soy. El peligro ha pasado ya. Váyase ahora.

«Váyase», repitió mentalmente, y al hacerlo pensó que, si bien su misión no era la de entregar a la joven a la policía, sí incluía el deber de seguirla, espiar sus acciones y averiguar hasta dónde llegaba la vinculación de Maggie Owen con las figuras importantes de la Luna Libre... y con los marcianos.

Sacudió la cabeza, como si con ello pudiera alejar aquel pensamiento. Sin mirarlo siquiera, Maggie Owen le volvió la espalda y salió a la calle.

Tynan hizo lo mismo.

Vio entonces que por la acera de enfrente se acercaba otro pequeño grupo de individuos, no más de cinco o seis, que venía al paso, pero disimulando apenas su prisa. A la distancia no menor de cincuenta yardas, se notaba su aspecto de fatiga. Tynan reconoció a uno de ellos.

Era un individuo grande, de hombros cuadrados, muy rubio, de rostro rojizo, aunque delgado y de facciones regulares. Tynan lo había visto una vez, precisamente en el comedor del hotel del aeródromo, la noche anterior de su llegada a la Luna: era Paul Palmer.

El hombre respiraba agitadamente, como quien acaba de correr mucho. Traía la mano derecha en el bolsillo de su americana azul, y Tynan no necesitaba mucho esfuerzo para imaginar la pistola atómica que tenía en la mano, lista para actuar, aunque oculta bajo la tela.

Maggie Owen también había visto a los que llegaban, y antes que Tynan. Se precipitó hacia ellos.

—¡Paul!—gritó.

El individuo miró a la muchacha por un momento, pero su mirada fue a fijarse en Tynan, que estaba detrás de ella. Henry no vaciló. Había ayudado a una mujer perseguida por esbirros brutales; volvería a hacerlo una y otra vez, si la ocasión se presentaba. Pero no habría de rehuir la lucha franca con el enemigo a quien se había comprometido a combatir. Aquellos hombres eran miembros del «Free Moon», y uno de ellos — al menos—venía armado. La mano de Tynan voló en busca de su pistola atómica.

—¡No!

Maggie Owen se volvió en aquel momento y vio a Tynan con el arma en la mano, en el momento preciso en que iba a oprimir el disparador, Se arrojó sobre él, de un salto.

Tynan tuvo el momento de serenidad suficiente para no hacer fuego sobre la joven; una ráfaga de proyectiles salió desviada, a perderse en el cielo. De un manotazo, la muchacha aferró la muñeca de Henry, con increíble energía, esforzándose por impedirle que apuntara.

Tynan trató de desprenderse de ella, apartándola, pero fue precisamente la proximidad de la muchacha lo que lo salvó.

Palmer, que estaba ya muy próximo, acababa de sacar a su vez su pistola atómica. Una exclamación de otro de los que se acercaban los contuvo muy oportunamente:

—¡Cuidado, Palmer! ¡Vas a herirla a ella! ¡No dispares!

—Es verdad.

Con un esfuerzo, Tynan logró soltar la mano e hizo un movimiento para apuntar a sus enemigos, pero ya era tarde. No menos de tres se arrojaron sobre él, empujándolo, tratando de hacerlo caer al suelo. Logró aplicar un tremendo «upper-cut» a uno de ellos, que lo envió, gimiendo y dando traspiés, a derrumbarse junto al borde de la acera. Con la derecha se esforzó por emplear la pistola atómica, pero algo le golpeó en el brazo, entumeciéndoselo. Un directo en el plexo solar estuvo a punto de inutilizarlo, pero todavía se defendió con un oportuno rodillazo en el vientre a uno de los que lo atacaban. Pronto comprendió prácticamente que sus adversarios eran demasiados y que no tenía una sola probabilidad de librarse, pero siguió luchando hasta que un golpe más — el último — le dio en la cabeza, por detrás.

Una sensación de náusea lo invadió entonces, y sus músculos se aflojaron.

## CAPÍTULO VI

## TYNAN ENCUENTRA UNA TEORÍA



OMO entre una niebla, vagamente, le pareció a Tynan que lo llevaban en vilo, entre dos hombres. La cabeza le dolía horriblemente. Sólo después de un lapso cuya duración no habría podido calcular, sintió que lo enderezaban y lo ayudaban a asentar los pies en el suelo.

Marchó apoyado en los dos individuos que lo sostenían, casi como un fardo. No estaba ya en la calle, sino en el interior de algo que parecía un pasillo de paredes estucadas, como el corredor de una casa. Vio que lo rodeaban, además de los dos que lo conducían, otras tres personas: cinco en total.

Una era Maggie Owen; otra Paul Palmer. Dos le eran totalmente desconocidos; sólo recordaba haberlos visto un momento antes de perder el sentido, en ocasión de la pelea callejera. Al restante —Tynan lo ubicó con extraña lucidez a pesar de sus sentidos embotados— había creído reconocerlo vagamente una vez anterior, en la Luna. Era el individuo de facciones afiladas y nariz aguileña con quien se había cruzado en la calle, frente al hotel, la noche de su llegada a la Luna. Ahora, Tynan sabía dónde había visto antes a aquel hombre, en la Tierra. Se trataba de un ex agente de policía que en un tiempo prestaba servicios en el edificio del Ministerio de Asuntos Exteriores, cerca de la oficina del jefe del Servicio de Informaciones.

No tardaron en llegar a una puerta esmaltada de color crema. Uno de los que lo ayudaban a caminar le dio un empujón en la espalda.

—Métase ahí.

Entró. La habitación era bastante amplia, sin más muebles que una mesa cubierta de papeles y algunas sillas, todo bastante presentable, pero con algunos años de uso. Un reloj electrónico y media docena de fotografías moderaban la severidad de las paredes blancas, lisas. Sujeto por los brazos, lo acercaron a una de las sillas.

—Siéntese.

Tynan obedeció. No se sentía con fuerzas para resistir, por el momento, y además, a medida que su lucidez volvía, sentía un deseo mayor de saber en

qué estaba y qué pretendía de él aquella gente, Buscó la mirada de Maggie Owen, pero no la encontró: la extraña muchacha desvió la suya, una vez y otra.

Una pistola atómica le apuntó al entrecejo, mientras dos manos le ataban las suyas detrás del respaldo de la silla.

—¿Le pasó ya?—preguntó uno, precisamente el ex agente de policía de la Tierra.

Tynan no contestó, aunque su cabeza funcionaba ya perfectamente. Palmer dio una orden, dirigiéndose al ex agente:

—Trae una copa de algo fuerte, Smutts.

Momentos después, Tynan sintió en su boca el sabor familiar del «whisky», doblemente agradable por provenir de Escocia y no de aquel satélite que se le hacía más y más odioso cada día.

—Son ustedes la mar de amables — dijo. Miró a la muchacha y agregó—: Gracias, Maggie Owen.

Se alegró interiormente al ver el respingo de sorpresa y desagrado que dio Palmer.

—¿Cómo demonios...?

Tynan sonrió forzadamente. Su condición de agente secreto terráqueo era conocida a todas luces por aquella gente, y siendo así mejor sería mostrar conocimientos que ignorancia. Contestó:

—Oh, sé algunas cosas. Por ejemplo, que usted se llama Paul Palmer, y usted —señaló a aquel a quien Palmer había llamado Smutts —un ex agente de policía en Washington, dado de baja en su cargo y ahora renegado, al servicio de los enemigos de su gobierno.

Smutts dio un paso hacia la silla, apretando los puños.

—¿Qué sabe usted, maldito esbirro?—masculló.

—¿Va a pegarme, Smutts? — Tynan desvió su mirada hacia la joven, negando toda importancia al otro —. ¿Para eso me ha hecho traer aquí. Maggie Owen? Ciertamente, no está bien en un caballero hacer hincapié en el pequeño servicio que le presté hace un rato, pero sí creo que lo menos que merecía era que no me pagara de esta manera. En un, dejemos eso.

Por primera vez, los oscuros y hermosos ojos de Maggie se posaron en los de él, ardientes.

—Yo no actúo sola—dijo—. Y si así fuera, habría hecho lo mismo. Usted es un enemigo de mi país, cómplice de los esbirros que oprimen a la Luna. De los que nos asesinaban hace un rato, cuando nos entregábamos rendidos, con

las manos en alto — añadió con ira.

Tynan calló, perdida toda su capacidad de ironía. Recordó con rabia lo ocurrido, y su imaginación voló hacia el coronel Stanley Duff, el jefe de las fuerzas de policía selenitas, bajo cuyo mando se habían cometido iniquidades como aquéllas, que salpicaban de lodo cualquier causa.

Abrió la boca para contestar, sin saber precisamente qué. Palmer fue más rápido.

—Basta — cortó—. Estamos charlando demasiado. Necesitamos que hable, amigo, pero pronto y bien —dijo mirando a Tynan. Señaló hacia el techo, evidentemente aludiendo a la Tierra—. ¿Que saben allá acerca de esto?

Tynan no respondió. En cambio miró a su alrededor, con fingido asombro.

—No veo marcianos por aquí — comentó —. ¿Que se han hecho?

Miró a Maggie al decir eso. Vio que la cara de la joven se contraía, con sorpresa y alarma.

—¿Marcianos?

El rostro de Palmer no expresaba sorpresa ninguna. Al menos en el primer instante; luego hizo una mueca de incredulidad.

—¿Qué demonios está diciendo?

La otra puerta de la habitación, que tenía dos, se abrió en aquel momento. Tynan vio que entraba otra persona: un hombre casi anciano, de movimientos pesados, cargado de hombros, de escasos cabellos canosos. Henry había visto más de una vez, especialmente en los periódicos, la fotografía de aquella cara grave, con la frente dividida en dos por un fuerte pliegue vertical de obstinación y fuerza moral. Se trataba de Nathaniel Blake.

El fundador del «Free Moon». Cualquiera que fuese la actitud y conducta actuales de sus secuaces, Tynan no podía menos que sentir cierto respeto, aun disintiendo con sus puntos de vista, por aquel hombre.

—Buenos días, señores.

La voz de aquel hombre era fría e impasible. Todos, menos Tynan, respondieron respetuosamente. Nathaniel Blake se aproximó al joven.

Palmer explicó brevemente lo ocurrido momentos antes en la calle, entre Tynan y los presentes. Henry tuvo que reconocer que el relato era verídico.

Blake lo escuchó sin responder, con aire ausente. Por un instante se preguntó Tynan si el fundador del «Free Moon» estaría loco.

—¿Qué decía este hombre — inquirió Blake mirando a Palmer — acerca de... los marcianos?

Palmer barbotó algo, intentando una respuesta, pero Nathaniel Blake lo contuvo con un ademán.

—Déjelo hablar a él —ordenó. Y añadió, dirigiéndose a Tynan—: Repita eso.

Tynan miró de frente al hombre. Fuera lo que fuese Nathaniel Blake, a Henry le resultaba imposible hablarle en el mismo tono burlón que había empleado para dirigirse a Maggie y Palmer.

—He preguntado por los marcianos, señor —dijo.

—Me refería, creo que es muy sencillo entenderlo, a los marcianos que están en la Luna apoyando la rebelión de los selenitas.

La línea vertical que partía la frente de Nathaniel Blake se ahondó.

—Tiene usted que probar eso, amigo. ¿Cómo lo sabe?

Paul Palmer intentó adelantarse otra vez.

—Es un embustero, señor — dijo—. Intenta ganar tiempo. No lo escuche.

—Basta—Blake miró a su subalterno con sus ojos grises glaciales—. Necesito que hable él, no usted. Le conviene explicarse, señor. Está usted en poder del «Free Moon», por si aún no lo sabe bien.

—Ya he tenido ocasión de darme cuenta de ello, señor Nathaniel Blake.

—Lo celebro — las facciones del jefe del «Free Moon» permanecían impávidas. El destello de obstinación y fanatismo no se apartaba de sus ojos —. El «Free Moon» no repara en medios para cumplir sus fines. Lo creo a usted suficientemente inteligente para comprender lo que le sucederá si no responde.

Tynan reflexionó rápidamente. Por un momento había dudado si convendría poner sobre la mesa las cartas, pero decidió que no. En cambio, una de ellas sería pronto tan obvia que mejor era adelantarla.

—No repare en medios — comentó secamente—. El gran principio maquiavélico. Y bien, no necesita emplear esos medios, señor Blake. Ahí en la calle han quedado hace una o dos horas los cadáveres de dos marcianos a quienes un compañero mío y yo eliminamos cuando nos atacaron. Ellos tampoco reparaban en medios, señor Blake.

Tynan arrojó subrepticiamente una mirada al rostro de Maggie. La muchacha se había puesto pálida, dio un paso adelante, como para increpar al prisionero. Palmer le hizo señas de que callara.

—Está mintiendo — dijo—. No puede...

—¡Silencio!—cortó Blake. No había dejado de mirar fijamente a Tynan —. ¿Dónde fue eso?

—A doscientas yardas de la puerta posterior del hotel — explicó —. No conozco la numeración de estas calles. No hay problema, pues dentro de unas horas habrán informado los diarios.

Blake calló un momento. Todas las miradas estaban clavadas en él. Tynan creyó notar que las manos del hombre se contraían, en un rictus nervioso: la garganta se dilató al tragar. Por fin, Blake habló.

—Está bien — dijo, con aire ausente—. Pero no es todo. Usted sabe algo más, sea lo que sea, mentira o verdad. Tiene que decírmelo.

Tynan se preguntó si aquel hombre inquiría simplemente para averiguar cuánto era lo que él, Tynan, sabía, o bien buscaban información sobre algo que el propio Blake ignoraba.

Y el joven habría podido jurar que a Maggie Owen le pasaba lo mismo que a su jefe.

—Le han dado una orden — dijo Palmer, moviendo amenazador la pistola.

Tynan se encogió de hombros. Se dijo que, después de todo, más bien podía ser útil para él que peligroso lo que podía agregar. Sería interesante saber cómo reaccionaba el jefe del «Free Moon»,

—Sí, sé algo más — dijo fríamente—. Lo que han visto los astrónomos en el cielo estos días pasados.

—¿En el cielo?

—En Marte, para ser más precisos. La fuga de Deimos, y la intentona de seguirlo por el cielo que hizo luego, sin éxito, su colega Phobos.

Sin dejar de mirar a Tynan, como hipnotizado, Nathaniel Blake se sentó en una silla. Henry observó también las expresiones de los otros. Maggie y Smutts sólo manifestaban sorpresa; el rostro de Palmer estaba contraído por la rabia, mal disimulada.

—Estoy hablando de una observación, mejor dicho, de una serie de observaciones, hechas por los astrónomos de la Tierra — explicó.

Y relató brevemente lo que le había contado el jefe del Servicio de Informaciones acerca de los satélites de Marte: cómo se había alejado Deimos de su órbita, desapareciendo en el espacio, y cómo Phobos había sufrido luego una desviación corregida a las pocas horas, como si hubiera intentado también alejarse, sin éxito.

Blake escuchó el relato, sin interrumpirlo; luego se lo hizo repetir, aclarándolo con preguntas a cada paso.

—¿Y qué interpretación dan ustedes a eso? — inquirió.

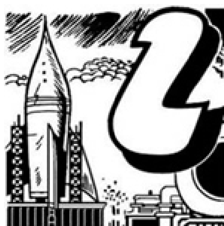
—¿Interpretación? — Tynan soltó una risotada—. Ninguno de los astrónomos tenía interpretación. Acaso ni siquiera hipótesis. — Tal vez fuera, pensó Tynan, porque ellos buscaban sólo explicaciones puramente científicas, es decir, seguía la mentalidad de los astrónomos, naturales. «Ninguno de ellos» se dijo «lo relaciona con lo que está ocurriendo en la Luna... con lo que está ocurriendo... Oh, Dios mío!»

Algo como una explicación acababa de surgir en su menté en aquel instante. Una hipótesis... No podía ser, y sin embargo, merecía que se la considerara. ¿Y si la expusiera allí, ante Nathaniel Blake? Tal vez con ello obtuviera una confirmación, o al menos un indicio. Arriesgó:

—¿Interpretación? La nuestra es sencilla, señor Nathaniel Blake. En Marte se están haciendo ensayos acerca de la gravitación... Se están haciendo experimentos con los propios satélites... como paso previo para llevar a la práctica el proyecto de apartar a la Luna de su órbita alrededor de la Tierra y llevarla a Marte.

## CAPÍTULO VII

## AYUDA INESPERADA



A cara de Nathaniel Blake no expresaba ahora sorpresa alguna. Parecía convertida en piedra, con la mirada perdida a lo lejos, a través de los ojos de Tynan. Por espacio de algunos minutos, nadie habló.

Por último, el jefe del «Free Moon» se puso de pie. Sin decir palabra, avanzó a pasos lentos hacia el otro extremo da la habitación, con las manos a la espalda. Regresó y se encaró con Tynan.

—¿Ésa es su teoría, amigo? ¿Quién más la comparte?

Tynan pensó que poco importaba exagerar:

—Todos, señor. Todo el mundo en la Tierra, cree lo mismo.

Palmer se interpuso. De un bolsillo del pantalón sacó una pistola atómica, a cuyo cañón estaba adosado un silenciador.

—Es hora de terminar, señor Blake. La policía nos está buscando por toda Callahan. Y éste es un hombre peligroso. Un espía de la Tierra.

Maggie lanzó un ahogado grito.

—¿Qué vas a hacer, Paul?

—Apártate — gruñó Palmer—. Tenemos mucha prisa.

La boca de la pistola se enderezó hacia Tynan. Resueltamente, Maggie se colocó delante.

—No lo harás — dijo—, ¿Permitirá usted que se cometa ese crimen, señor Blake? ¿No se ha derramado ya bastante sangre?

Palmer tomó a la joven por la cintura e hizo un movimiento, sin violencia, para apartarla a un lado. Tynan apretó los dientes en silencio y se dispuso a lo peor.

Pero Nathaniel Blake intervino.

—¿Bastante sangre? — dijo, y Tynan vio otra vez el resplandor de fanatismo en sus ojos—. Por el Dios vivo que no. Pero este hombre nos hace

falta, Será un excelente rehén. No lo mate.

Palmer contempló al jefe con reprimida indignación, pero no contestó. Bajó lentamente el cañón de la pistola.

—Es un riesgo bastante grande, señor Blake — terció tímidamente Smutts —. Si la policía llega a allanar la casa...

—Peor para él entonces—repuso fríamente Blake—. Pero no creo que nos encuentren. Mañana, o en cuanto sea posible, nos lo llevaremos a Nueva Pretoria en la avioneta.

—Está bien — gruñó Palmer—. Usted manda, señor Blake. Suéltalo, Pyne. Lo llevaremos al sótano. Allí no podrá oírlo nadie, aunque grite.

Pyne avanzó hacia Henry, abriendo un cortaplumas que le pasó Palmer. Tynan sintió la agradable sensación de tener las manos libres. Se puso de pie, encañonado por la pistola de Palmer.

Una mano lo tomó por el brazo.

—Vamos.

Tynan se preguntó, mientras lo llevaban, qué estaría haciendo en aquel momento Jeffery Grant. Se preguntó también, por anticipado, cómo podría hacer para escapar de allí antes de que lo condujeran prisionero a Nueva Pretoria.

* * *

Tynan no alcanzó a ver a Maggie Owen en momentos en que él marchaba, conducido por Pyne, a lo largo de algún pasadizo, y luego por un ascensor, hasta el lugar que había de ser su momentáneo encierro.

La muchacha se había acercado a Palmer, a espaldas de Nathaniel Blake. Tenía el rostro muy pálido, los dientes apretados. Con una mirada de entendimiento logró hacer que Tynan se retrasara algo en la marcha.

—Tengo que hablarte — siseó.

—Más tarde — objetó él—, y señaló con la mirada la espalda de Blake.

Maggie encogió los hermosos hombros.

—No. Ahora. ¿Qué piensas hacer con ese hombre?

—¿Con ese Peck... o Tynan? — Palmer hizo un gesto de fingida indiferencia—. No te excites, Maggie. Creo que tanto tú como Blake os estáis poniendo demasiado sentimentales.

—¿Qué quieres decir?

La muchacha clavó los ojos en los de Palmer. La pregunta era ociosa, no necesitaba respuesta. Bastaba la mirada del Palmer para que el corazón de una mujer comprendiera las intenciones que había detrás de aquella mirada, sin necesidad de palabras.

En aquel momento, Nathaniel Blake dio vuelta la cabeza hacia ellos. Palmer aprovechó la coyuntura para cortar el diálogo. Pero Maggie Owen no lo lamentó.

* * *

Tynan se encontró encerrado en una pequeña habitación cuadrada, sin ventanas, desprovista casi de muebles, aparte de un par de bancos de madera, y con las paredes cubiertas por azulejos verdes, todo bastante nuevo pero sucio de polvo y con aspecto de prolongado abandono. Una luz azulada, indirecta, suficiente pero no exagerada, alumbraba la estancia, en la cual no penetraba el menor rayo de luz exterior.

Tynan no intentó gritar. Sólo sabía que lo habían encerrado en el sótano, pero no era de presumir que lo hubieran dejado en lugar donde alguien de afuera pudiera oír sus gritos. Con ello no haría sino empeorar su situación, haciéndose atar y amordazar, o algo peor todavía.

La habitación tenía, como la del piso superior en que había estado Tynan un rato antes, dos puertas, ambas cerradas. Henry se acercó e intentó abrirlas: estaban cerradas con llave, como había supuesto. Entonces se sentó en uno de los bancos y apoyó la cabeza contra la pared, dispuesto a tomar las cosas con calma.

La cabeza le dolía mucho, y la posición era asaz incómoda, pero la falta, de descanso pudo más y Tynan no tardó en quedarse dormido.

No habría podido decir cuánto tiempo permaneció así, hasta que despertó sobresaltado. Acababa de oír un ruido extraño, captado prestamente por su subconsciente en tensión. Vio entonces que una de las puertas de la habitación se estaba abriendo, y que el ruido procedía de allí.

Un momento después vio también la esbelta figura de Maggie Owen.

Maggie cerró la puerta lentamente, empujándola con el pie, a su espalda. Traía ambas manos ocupadas: la izquierda sostenía un plato con comida, y también, colgante por el asa, dificultosamente, una pequeña jarra; la derecha con una pesada pistola atómica encañonada hacia la cabeza de Tynan.

Henry se puso instintivamente de pie. Por primera vez, a pesar de lo trágico de las circunstancias, le pareció no sólo bonita sino también graciosa la figura de Maggie. Sonrió.

—En la izquierda el pan y en la derecha la pistola — dijo—. «Tengo el oro para mis amigos y el hierro para mis enemigos.» ¿No es así, Maggie Owen?

Volvió a reír, pero la joven permaneció seria. Sin dejar de sostener la pistola, le alcanzó el plato y la jarra, que él tomó delicadamente. De un bolsillo sacó un tenedor y un pequeño cuchillo de mesa, de punta roma.

—Suponemos que usted tendrá hambre — dijo—. Coma, si lo desea.

Hizo un primer movimiento para retirarse. Tynan sintió que tenía que hacer algo por retenerla.

—¿Se va, Maggie Owen? —dijo—. Déjeme primero que le agradezca esto. La comida parece excelente—, Miró el contenido cristalino de la jarra con fingido desdén—. Lástima que la jarra no contenga algo más sustancioso.

La sombra de una sonrisa comenzó a aparecer en los labios de ella, pero desapareció inmediatamente. A mitad de camino hacia la puerta, Maggie se detuvo, mirando a Tynan, que había comenzado a probar la comida. La pistola atómica bajó lentamente y desapareció en el bolsillo del vestido de la muchacha.

—Está Smutts de guardia ahí afuera — dijo.

—¿Y cree usted que necesito saber eso para respetarla? —interrogó él, sin dejar el tono burlón, relacionando la indicación de Maggie con el hecho de que ella hubiera guardado la pistola.

Ahora sí, por primera vez desde que Tynan la conocía, ella sonrió de veras.

—No — dijo simplemente.

—Lo celebro — comentó él —. Celebro que tenga cierta confianza en un esbirro. Entonces no se vaya. ¿De veras tiene tanta prisa, Maggie?

Desesperadamente trataba de retenerla, no sólo por tratar de sonsacarle algo, sino también, casi inconscientemente, por gozar de la presencia de la joven. Pero tampoco parecía, se dijo Henry, que la muchacha tuviera demasiada prisa por irse. Permaneció en el centro de la habitación, mirándolo.

—¿Qué hay de cierto en eso que insinuó usted hace un rato — inquirió —, acerca de una complicidad de los marcianos con el «Free Moon»?

—¿Otro interrogatorio, Maggie?

—Tal vez. Pero yo soy ahora la única interesada. Conteste. ¿Es todo un «bluff» suyo, o es verdad?

Tynan se limitó a contestar con otra pregunta:

—¿Por qué está usted entre esta gente, Maggie Owen?

—Porque están de parte de mi suelo natal — exclamó ella, mientras el rubor subía a sus mejillas —. Porque están contra los que nos han venido explotando años y años, llevándose nuestros materiales atómicos. Contra los que nos encarcelan, o nos asesinan en las calles, como usted lo ha visto.

Tynan la miró con admiración. Evidentemente, se dijo, cualquiera que fuese la verdadera intención de los otros, Maggie Owen era sincera. La indignación la ponía más bonita aún.

—¿Y seguiría con ellos — insistió Tynan—, aun cuando le constara que lo que yo he contado es cierto, aun cuando existiese alianza marciana en el movimiento?

—No me importa eso. Poco tengo que observar a una alianza, si solos no somos suficientes.

Tynan frunció el ceño.

—¿No le importa, Maggie? ¿Una alianza con seres que no son humanos, contra los suyos, contra su propia sangre, Maggie?

—Son seres racionales — se empecinó ella—. Hijos de Dios, como nosotros.

—No discuto eso — concedió Tynan —. Pero ¿aceptaría usted esa alianza, aun sabiendo que sólo la prestan con el propósito de llevarse este satélite a su propio mundo? ¿Para explotarlo ellos? ¿Este satélite que sus propios padres de usted, Maggie, u otros como ellos, poblaron y colonizaron?

Maggie se mordió los rojos labios. La respuesta confirmó a Tynan en su certeza íntima de que la muchacha era sincera.

—No, eso no.

—¿Prefiere que esto sea un satélite de Marte o que lo siga siendo de la Tierra?—remachó Henry.

—No. Pero eso no es cierto. Todo eso no son sino ideas suyas; suposiciones... o mentiras.

Tynan hizo una pausa, para llevarse, con aparente interés en la comida, un trozo de excelente «roast-beef» a la boca. Cuando lo hubo deglutido insistió:

—¿No comprende usted que Palmer lo sabe?

Ella se puso lívida.

—¿Palmer? — dijo con incredulidad, pero Tynan habría jurado que algo en el interior de la muchacha la inclinaba a aceptar la afirmación,

—Palmer, sí. Y usted también lo cree, Maggie Owen.

—Eso es mentira. Palmer no puede...

Tynan interrumpió:

—Blake tal vez no lo sepa. Tiene todo el aspecto de un fanático, ciego por una causa, con exclusión de todo raciocinio. Yo creería en la buena fe de ese hombre. Pero Palmer no, Maggie. ¿No se fijó usted en la cara que puso hace un rato, cuando hablaba de eso?

Maggie no contestó. Estaba sentada en el segundo de los bancos; se puso de pie.

—¿Qué es para usted Paul Palmer?—inquirió Tynan casi sin pensarlo, e inmediatamente se arrepintió de lo que consideró la idiotez de su pregunta.

—¿Lo quiere usted, Maggie?

Pero la joven tenía ya la mano en la manija de la puerta. Salió dando un portazo.

* * *

A Tynan se le había detenido el reloj en la refriega callejera. El encierro le había impedido conservar la noción del tiempo. Pero calculó que habrían pasado ya varias horas y que afuera tendría que estar acercándose la noche cuando la puerta de la habitación volvió a abrirse.

Maggie Owen entró nuevamente. Traía otra vez un plato con comida y una jarra iguales a los que todavía estaban vacíos ya sobre un banco. No traía la pistola, al menos visible.

—Hola, Maggie — saludó Tynan, eligiendo exprofeso un tono ligero.

La muchacha no respondió. Colocó los utensilios sobre el banco. A primera vista pudo Henry apreciar que la jarra estaba vacía.

Vio entonces que Maggie traía también un llavín en la mano.

—No perdamos tiempo — dijo ella—. Vamos, pronto.

En el primer momento, Tynan no comprendió sus palabras.

—¿Qué dice, Maggie?

—Que no hay tiempo que perder — insistió ella, exhibiendo la llave —. Smutts y Pyne están de guardia en el sótano. ¡Pronto, hombre! ¿No comprende que voy a libertarlo?

Tynan dio un paso hacia ella. Todo intento de ironizar desapareció en él.

—¿Usted? ¿A libertarme a mí, Maggie?

—¡Oh, no es por usted! Pero temo que se decidan a matarlo. No podría

soportar ese crimen.

Se acercó a la otra puerta e hizo girar en la cerradura de ésta el llavín.

—No crea que estoy traicionando a los míos — dijo, abriendo la puerta—. Sé perfectamente que usted nos denunciará y que dentro de unos momentos estará aquí de vuelta con la policía. Pero nadie del «Free Moon» sufrirá por eso. Ya habremos abandonado todos la casa. Venga.

Tynan se guardó los comentarios que acudían a su boca. Cualquier observación imprudente podía echar a perder aquella ocasión única de escapar, que no volviera a presentarse.

Salieron los dos a un pasillo escasamente iluminado por algunas lámparas de luz difusa, muy débiles. A unas diez yardas de distancia se veía el arranque de una escalera.

—Por aquí—ordenó ella—. ¡En silencio!

Tynan observó que la muchacha llevaba la mano en el bolsillo de su americana y que la apoyaba sobre el bulto amenazador de una pistola atómica.

Pocos pasos más lejos el pasillo se bifurcaba. Al llegar allí, Maggie sacó el arma.

—Cuidado ahora —avisó ella—. Pyne y Smutts están allí — señaló hacia el fondo del segundo pasillo—jugando a las cartas. No puedo dejarlos así, ignorantes de lo que pasa, para que los sorprenda la policía. Sígame.

Con la pistola pronta, y adoptando un tono familiar, intrascendente, Maggie alzó la voz:

—¡Smutts! ¡Pyne! —llamó—. ¿Quieren venir, un momento?

Un instante después, las figuras de los dos hombres aparecieron a la vuelta del pasillo. Maggie alzó la pistola, ante sus rostros sorprendidos.

—Levanten las manos, los dos, ¡Pronto!

—¿Estás loca, Maggie?

Pyne abrió la boca, incapaz de toda reacción mental. Smutts hizo un movimiento para sacar un arma, pero la pistola de Maggie se movió, en señal de muda amenaza. Smutts alzó las manos.

—¿Qué haces? ¿Te has pasado a ellos, Maggie?

Sin pestañear, la muchacha ordenó:

—Acercaos.

Pyne y Smutts se aproximaron, con las manos en alto. Maggie miró a Tynan.

—¡Desármelos!—dijo. Y añadió, mientras Henry se acercaba a los dos

hombres—: Y mucho cuidado con esas armas. Arrójelas al suelo, a mis pies, apenas las tenga. No intente empuñarlas, ¿oye?

Tynan hurgó en el bolsillo de Smutts y asió una pistola. Por un instante consideró el plan de dominar con ella a Maggie, pero la desechó. La muchacha tenía la ventaja de estar ya apuntándolo, y además, contaría en ese caso con la ayuda de sus cómplices, que lucharían de parte de ella. Sacó el arma y la arrojó al suelo.

Se acercó a Pyne para repetir la maniobra, y al hacerlo dio por un momento la espalda a Smutts, sin advertir que se interponía a la vez en la línea de tiro de la muchacha.

El feroz puntapié de Smutts alcanzó a Tynan sólo de refilón; de lo contrario le hubiera roto el hueso. Henry retrocedió involuntariamente, a tiempo que amagaba un golpe a la cara del hombre. Oyó a Maggie que daba un grito:

—¡Apártese, Tynan!

Era tarde. Pyne había aprovechado la momentánea distracción de la joven. Se lanzó sobre ella, procurando arrancarle el arma de la mano con un manotazo.

Maggie dio un paso atrás e hizo fuego, pero el movimiento de su mano hizo que la ráfaga de disparos errara el blanco. Un brutal puñetazo de Pyne, dirigido al hombro, hizo que esta vez la pistola atómica saltara de la mano de Maggie al suelo.

Tynan había hecho ya un movimiento en auxilio de la muchacha. La mano de Smutts, aferrada a su cuello, como una garra, la retuvo un instante. Tynan pegó. El primer golpe pareció no haber surtido efecto; el segundo, en cambio, obligó a desprenderse a Smutts, con un gemido. El miembro del «Free Moon» respondió con un vigoroso «jab» a la mandíbula, que no llegó a dar en el blanco. Una fracción de segundo antes, el puño de Tynan chocaba contra el pómulo de Smutts, enviando a éste hacia atrás, tambaleándose. Todavía pegó Tynan una vez más. Smutts dio con la cabeza en la dura pared de ladrillo, antes de caer.

Todo ocurrió con la rapidez del relámpago, y Tynan se vio libre de Smutts en el momento justo en que Pyne se lanzaba a recoger la pistola atómica dejada caer por Maggie.

El pie de Henry voló hacia la mano de Pyne, que estaba a menos de dos pulgadas del arma. Un aullido de ira y dolor avisó que el golpe no había fracasado. Prácticamente fuera de combate, Pyne retrocedió. Cuando Tynan se volvió hacia Maggie, la joven tenía ya la pistola atómica en la mano.

—Retrocede, Pyne — ordenó —. Vete hasta el fondo del pasillo, y quédate de espaldas.

El del «Free Moon» obedeció la orden, con las manos en alto. Smutts yacía a un lado del corredor, en el lugar donde había caído, exánime por el momento, aun cuando se veía que respiraba.

Maggie se inclinó y recogió del suelo la otra pistola atómica, que Tynan había quitado a Smutts.

—Vamos — dijo fríamente.

Ya arriba, otro largo y mal iluminado corredor los llevó hasta una puerta cerrada.

—Los fondos de la casa — explicó Maggie —. Abra y salga.

La pistola atómica de Maggie se mantuvo frente a él, amenazadora.

—Váyase ahora. Váyase con los suyos, y explique dónde ha estado. Que vengan a allanar la casa. Supongo que Pyne y Smutts podrán escapar antes.

—¿Y usted, Maggie? ¿Qué será de usted ahora?

—Poco importa— a Tynan le pareció que ella ahogaba un sollozo, pero la voz parecía indiferente—. Supongo que su obligación sería detenerme, Henry Tynan. Usted es mi enemigo, ellos también lo son ahora. La Tierra está en contra de mí y también la Luna. «Andaré errante y fugitiva por el mundo— Henry reconoció un versículo del Génesis—, y cualquiera que me encontrare me matará.»

Todavía, al volver la primera esquina, Tynan distinguió la silueta de ella, que le apuntaba desde lejos, con la pistola.

## CAPÍTULO VIII

## CONSEJO DE GUERRA




N su severo despacho de la Jefatura de Policía de Callahan, el coronel Stanley Duff dormitaba.

Las escaramuzas, algo como un conato de insurrección más amplia, que habían estallado, como sincronizadas, en distintos puntos de Callahan, terminaron prácticamente con las primeras luces de la mañana, pero la actividad en la Jefatura de Policía no había cesado. El coronel sólo había podido descansar algo más de una hora a mediodía. Tampoco se había retirado a dormir por la noche. Su responsabilidad de jefe de todas las fuerzas de represión de Callahan no le dejaba tranquilidad suficiente para meterse en la cama, sabiendo que en cualquier momento podían ocurrir nuevos disturbios.

Además, estaba aquel condenado incidente del agente secreto. El jefe lo recordó con disgusto.

Duff siempre había estado en desacuerdo con aquella manía de enviar agentes reservados, entrometidos que no hacían sino perder el tiempo y gastar en viáticos, cuando no enredaban más aún las cosas, dejándose secuestrar por el «Free Moon», como en este caso.

Encomendó al diablo al tal Tynan y a su amigo, aquel Jeffery Grant que le había traído la noticia, e inclinó la cabeza sobre el pecho, tratando de dormirse plenamente durante un rato, mientras no lo llamaban con alguna noticia importante.

En ese preciso momento, un timbrazo resonó en el reducido despacho. La pantalla del teléfono visor se iluminó, y una cara estólida, bajo la cual se veía parte del uniforme gris de la policía, apareció en ella.

—Alguien desea hablar con usted, coronel. Dice que es por algo importante.

—¿Sí? —el coronel tuvo una rápida intuición de lo que ocurría—, ¿Cómo se llama?

—Henry Tynan, señor.

¡Plaf! El coronel Duff dejó caer el puño sobre la mesa. ¡Ese era el secreto tan celosamente guardado! El mismo Duff sólo se había atrevido a comunicar el nombre del desaparecido a media docena de detectives. Al menos, hubiera esperado que el enviado especial del Servicio de Informaciones diera un nombre falso... el que había traído de la Tierra, Wilfred Peck, según lo que le había informado aquella mañana el tal Jeffery Grant.

—Hágalo subir, en seguida.

Momentos después, Henry Tynan entraba en el despacho.

El coronel le indicó una silla, de mala gana.

—He preferido dar mi propio nombre — declaró el joven, como anticipándose a la observación que el coronel tenía en los labios no sólo porque ignoraba si usted se avendría a concederme audiencia en caso contrario, sino también porque ya no tiene objeto el ocultarlo.

Duff lanzó un gruñido.

—Está bien —comentó—. Usted y su jefe, el señor Michael Burnett, sabrán lo que hacen. Por mi parte yo preferiría que no existiera el Servicio de Informaciones y que los de la Tierra me dejaran arreglar las cosas a mí solo, libremente por mis propios medios.

Tynan se mordió el labio, para no expresar al coronel Duff la opinión que se había formado aquella mañana acerca de los «propios medios» con que él arreglaba por sí solo las cosas.

—Cuénteme todo lo ocurrido — pidió el coronel. — Su amigo me narró ya una parte, pero quiero oírlo de fuente directa.

Tynan hizo brevemente el relato de lo ocurrido, desde su encuentro con los dos marcianos, hasta su fuga de la casa en que lo habían encerrado.

—Exacto — asintió Duff—. Es lo mismo que me contó ese Grant. Por otra parte, se han encontrado los cadáveres de los dos marcianos.

—¡Ah!—exclamó Tynan—. ¿Y qué interpretación dan ustedes a eso?

—¿A los cadáveres?

—A la circunstancia de que haya sido yo, un agente del Servicio de Informaciones, atacado por dos marcianos en las calles de Callahan, en momentos en que estaba por estallar un motín, quiero decir, varios motines simultáneos, en la ciudad.

El coronel calló durante un instante. Evidentemente, él no tenía ninguna explicación. Pero contestó bruscamente:

—Eso es cuenta mía, señor Tynan.

—¿No cree usted que el detalle de los marcianos esté vinculado

directamente con la revuelta?

—Necesariamente no. Es posible, pero no lo creo. No es la primera vez que llegan marcianos a la Tierra, o bien a la Luna.

—Así es, coronel, aunque no han venido muchas veces. Pero siempre lo han hecho públicamente, y no en secreto. Creo que nadie en la Luna, al menos de las autoridades, conocían la presencia de estos seres.

Tynan había omitido en su relato mencionar el ataque de que había sido víctima su astronave, a] llegar a la Luna, después de haber pasado a la vista de un supuesto meteorito, con todo el aspecto de ser en realidad un navío espacial de Marte. Reservaba el detalle como un argumento para el final. Pero el coronel hizo un movimiento con la mano, como para dejar de lado el tema.

—¿Dónde está situada la casa? — inquirió.

Henry enunció una calle y un número. Había tenido buen cuidado de retener el dato.

El coronel llevó la mano a un pulsador que había sobre la mesa.

—Daré las órdenes necesarias — dijo —. Inmediatamente saldrá hacia allí una comisión para allanar la casa.

—Está bien, coronel, aunque personalmente dudo de que se consiga mucho con eso. Los pájaros ya habrán huido, sin dejar rastros. Si yo le sugiriera algo más...

—Señor mío... — Duff se puso de píe.

Por un momento, Tynan creyó que iba a llamar a un ordenanza y hacerlo expulsar ignominiosamente. Pero después de un instante de reflexión, el coronel volvió a sentarse.

Tynan tenía suficiente con ello. Sabía ahora que el hombre era rudo y de muy escasa mentalidad, pero que vacilaba. Aprovechó rápidamente la oportunidad.

—Coronel — dijo—. Discúlpeme si me permito exponerle mi propia interpretación de los hechos. Esta revuelta de hoy no es aislada. Se repetirá. Se quiere que la Luna esté alborotada, y nosotros ocupados en reprimir desórdenes callejeros e investigar sus causas.

Hizo una pausa. El coronel ordenó secamente:

—Siga.

—El problema principal no es el «Free Moon» — prosiguió Tynan—. El «Free Moon» es sólo un instrumento. Voy a narrarle otros dos hechos más, coronel.

Contó, en pocas palabras, la historia de su llegada a la Luna, unas horas

antes, completándola con el informe que le había proporcionado Michael Burnett acerca de lo que se veía a través de los telescopios que estaba ocurriendo con los satélites de Marte.

—Tengo una teoría — concluyó—, y es que ese cobertizo o edificio aislado, situado entre los cráteres, al sur de Nueva Pretoria, tiene relación directa con este plan; lo que se busca no es precisamente desvincular *políticamente* la Luna de la Tierra, sino separarla de la Tierra astronómicamente, materialmente, y llevarla como satélite a Marte.

Duff volvió a ponerse de pie.

—Soy un hombre de acción —dijo—, no de teorías. Se me va la cabeza cuando empiezo a querer buscar las causas de las cosas. Pero sé lo que tengo que hacer cuando las cosas me molestan. Haya lo que haya en ese estacionamiento que usted me dice, al sur de Pretoria, se terminará pronto, créame.

Tynan suspiró. Había llegado a lo que estaba deseando. Su primitivo plan de llegarse secretamente al cobertizo desde donde habían tiroteado su astronave, e introducirse allí sin más auxilio que el del piloto Warne, le parecía descabellado ahora, después de todo lo ocurrido en la Luna. Se necesitaría el auxilio de la fuerza, La fuerza militar, de que disponía el coronel Duff, unida a una pizca de astucia que pondría él, Tynan. Contaba también con la ayuda de Jeffery Grant, el cual no habría de vacilar en prestarla.

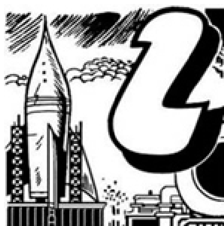
—Usted dispone, coronel — admitió —. Pero yo también tengo mi misión oficial que cumplir, y que proviene de las mismas autoridades que la suya. La mía consiste en averiguar secretamente lo que hay en ese cobertizo, al sur de Nueva Pretoria. Luego, si es necesario, usted lo arrasa. Lo segundo, sin lo primero, sería exactamente la mitad de nuestro trabajo.

—Tal vez tenga usted parte de razón—una vez más el coronel Duff volvió a sentarse —. Pero ¿cómo diablos...?

Tynan comenzó, con toda la diplomacia de que era capaz, a exponer su proyecto.

## CAPÍTULO IX

## LA CAPTURA



AS primeras luces del día sorprendieron a Maggie Owen andando a la ventura por las calles, sin haber pensado siquiera en tomar una taza de café caliente que la reconfortara.

Conservaba apenas la facultad de pensar, y sólo una excitación casi histérica la mantenía en pie. A la orilla de uno de los canales que atravesaban Callahan, llevando hacia las afueras el agua surgida artificialmente, reunió todavía el impulso suficiente para apartar la vista, luego retirarse con un rictus de horror ante la tentación que, por un instante, la había asaltado.

No ignoraba que por aquellas horas andaría ya buscándola la policía, y también, con no menos interés, el «Free Moon». Pero era muy limitado el deseo que conservaba de librarse de ellos.

En una de las calles centrales, un gran letrero indicaba la ubicación de una de las tantas agencias de navegación aérea interlunar. Las puertas estaban ya abiertas; Maggie vaciló un momento y luego entró.

Un empleado se aproximó a atenderla.

—¿Señorita?

Con sorpresa, el hombre vio que la muchacha volvía la espalda y se marchaba, balbuceando antes una excusa ininteligible.

Maggie metió la mano en uno de los bolsillos y extrajo su cartera. Miró el contenido mientras volvía a salir a la calle: era todo lo que tenía y que había puesto allí cuando se dispuso a libertar a Tynan. No era mucho, pero tal vez, se dijo, le alcanzara para viajar hasta la Tierra, en alguna de las líneas más modestas. Se dirigió hacia el aeródromo.

No advirtió entonces que una figura masculina, que en aquel momento pasaba por una calle transversal, a más de cien yardas de distancia, la había visto, y reconocido. El hombre se desvió de su camino y siguió detrás de ella.

Si la joven hubiera atinado a volver la cabeza, habría reconocido ella también la familiar silueta de Smutts. Pero no lo hizo.

Paso tras paso, con su andar desganado, Maggie se fue acercando al aeródromo. A un lado del hotel se encontraban las oficinas administrativas. La muchacha volvió a vacilar un instante en la puerta y luego entró.

Smutts apresuró su marcha. Llegó casi hasta la puerta de las oficinas, y espió desde la acera opuesta. Vio entonces que Maggie estaba hablando con un empleado, en el mostrador, y también que sacaba dinero de la cartera, y que el otro le entregaba un billete.

Rápidamente, Smutts miró a su alrededor, en busca de una cabina de las que contenían aparatos visotelefónicos para uso del público. En un bar próximo, un pequeño letrero indicaba que allí había una. Smutts entró.

Rápidamente oprimió los tres pulsadores que reemplazaban a los anticuados discos, ya suprimidos hasta en las poblaciones más modestas. Callahan no lo era. Un momento después la pantalla del aparato se iluminó y una cara no demasiado agradable, pero familiar para Smutts, apareció en el cuadro.

Smutts no necesitaba decir quién era él. Sabía que su rostro estaba también a la vista en el otro lado de la línea. Se limitó a preguntar:

—¿Está Palmer?

La cara de la pantalla desapareció. No tardó en aparecer otra, la de Paul Palmer.

—¿Qué pasa?

—Maggie a la vista — repuso secamente Smutts.

—A buena hora, tonto — él rostro anguloso de Palmer se congestionó—. ¿Dónde estás?

Smutts indicó la posición que ocupaba en el plano de Callahan. Añadió media docena de indicaciones acerca de lo que había hecho un momento antes y estaba haciendo ahora la muchacha.

—No la pierdas de vista — ordenó Palmer—. Yo salgo para ahí en seguida. Si ella intenta alejarse, síguela y trata de capturarla como puedas. ¿Entiendes?

Smutts gruñó. Sabía bien lo que había querido significar Palmer al decir «como puedas».

—Si permanece por ahí, limítate a observarla desde lejos. Yo me encargaré de lo demás. Espérame.

La imagen de la pantalla desapareció. Smutts se alejó de la cabina. Desde la acera atisbó hacia el interior de las oficinas donde había entrado Maggie. Vio que la joven pasaba por una puerta interior, que conducía a la vasta sala de espera del aeródromo.

Smutts decidió dar un rodeo, buscando un lugar desde donde pudiera mantener una discreta vigilancia sobre Maggie sin ser advertido. Cruzó la calle, frente a la plaza, y tomó hacia el costado derecho del aeródromo.

En aquel lado existía un bar, para uso de los pasajeros que acababan de llegar, o bien que aguardaban el momento de tomar sus astronaves. Había una clientela regular, aunque era aún temprano. Desde allí podía verse la puerta de la sala de espera, aunque no precisamente a Maggie. Smutts entró y pidió un combinado.

En la pared, cerca de donde él estaba, había un cuadro con el horario de los aparatos. Smutts lo miró. Dentro de escasos minutos partiría una astronave con destino directo a Londres. Miró hacia el campo y vio a tres o cuatro mecánicos que maniobraban con una de las máquinas. Smutts se dijo que acaso sería esa la que Maggie se había dispuesto a tomar. Si Palmer tardaba en llegar, como lo había anunciado, la situación se pondría delicada para él, Smutts. No podía pensar en meterse en el campo, a la vista de todo el mundo, y sujetar a una pasajera que partía para la Tierra. Sabía que Maggie tenía su documentación en regla, aunque con nombre falso. Ninguna autoridad del aeródromo le impediría partir, y en cuanto al propio Smutts... bueno, era excusado pensar que iba a pensar en denunciarla, metiéndose en la boca del lobo él mismo.

En ese momento, Smutts creyó haber visto, dentro de la sala de espera, un destello fugaz de luz, algo como el reflejo semicircular del vidrio de una puerta que acababa de girar, dejando paso a alguien. Y no se trataba de la puerta que daba al campo de astronavegación, sino a la otra, la que comunicaba con la calle.

Smutts tuvo el tiempo justo de dejar en el mostrador unas monedas, para que no se le tomara por un fresco, y salió a escape.

Los mecánicos parecían haber terminado ya con el aparato. Una campanilla comenzó a sonar en el bar, otra, algo más lejos, sin duda en la sala de espera. Un individuo de uniforme azul se acercó a la puerta del bar:

—¡Pasajeros, a la astronave!

Smutts estaba ya casi en la calle. Cuando salió alcanzó a ver a Maggie que se alejaba. A su modo, sintió algo de lástima por ella, considerando que tenía que estar muy desorientada o desesperada para divagar así, pasando al azar de un proyecto a otro, comprando billetes que luego desistía de emplear.

Corrió detrás. En esas condiciones, se dijo, la muchacha no tardaría en caer en manos de la policía. Y eso era muy peligroso en aquellos momentos para cualquiera de los del «Free Moon».

La joven cruzó la calle, y se internó por otra. La manzana era una de edificios grandes, con amplios paredones y pocas puertas. Smutts vio que no

había nadie a la vista. La ocasión era única.

—¡Maggie! —llamó.

Ella se volvió. Tenía ya la mano en el bolsillo, en busca de su pistola atómica. Pero Smutts tenía ventaja en tiempo, y había sacado ya la suya.

—Suelta eso, Maggie — ordenó—. ¡Pronto!

Lejos de obedecer, Maggie completó el movimiento de sacar el arma. Pero era tarde. Smutts estaba ya demasiado cerca de ella. Le sujetó la mano y le retorció la muñeca. La muchacha lanzó un rugido.

—¡Suéltame!

Smutts sintió un impulso de pánico. Maggie debía de tener tanto interés como él en no atraer la atención de la gente, pero por lo visto no lo tenía. Uno o dos chillidos histéricos que diera, y todo el mundo, Callahan al menos, estaría encima de ellos, con las consecuencias que eran de imaginar. Smutts puso sobre la boca de la muchacha la misma mano en que sostenía la pistola atómica, y oprimió con fuerza.

Por un momento vaciló, luego se dispuso a volver el cañón de la pistola, provista de poderoso silenciador, contra la sien de Maggie. Las instrucciones de Palmer eran terminantes: «Si intenta alejarse, síguela y trata de capturarla como puedas, ¿entiendes?»

Fue aquel minuto de vacilación del sentimental Smutts lo que salvó a Maggie. En aquel momento, un zumbido, al que siguió una sombra que se proyectó raudamente sobre el suelo, hizo que Smutts levantara la cabeza. La avioneta de Palmer pasaba en aquel momento por encima de los techos, buscándolo.

Smutts no volvió el cañón del arma. En cambio, con la sola culata aplicó un golpe, precisamente calculado para que no resultara excesivo, en la cabeza de la joven.

La vio que se aflojaba súbitamente y la sostuvo para que no cayera. El avión de Palmer estaba ya descendiendo en la calle.

* * *

Cuando Maggie recobró los sentidos se encontró sentada y reclinada en un mullido asiento, pero con los ojos vendados y las manos atadas a la espalda con un pañuelo. Reconoció también el ligerísimo zumbido, y el suave movimiento del lugar en que se encontraba: la estaban conduciendo a alguna parte en un avión atómico. En un instante recordó lo que acababa de sucederle en la calle. Se agitó, tratando vanamente de libertarse.

—¡Smutts! ¿Dónde estás, canalla? — increpó Maggie.

Una mano la sujetó por un brazo; ella hizo un esfuerzo por desprenderse, pero el que la retenía no cedió.

—Cálmate, Maggie. Nada ganarás con gritar. No te oirá nadie.

—¿Adónde me llevan? ¿Qué es lo que se proponen?

—Ya te lo dirán. Ten paciencia.

Maggie había oído también un movimiento y el rumor de una respiración que indicaban que no era Smutts la única persona que estaba a bordo.

—¿Quién está ahí? ¿Quién más está contigo?

Con los ojos vendados como los tenía, no vio el ademán con que Palmer se dirigió a Smutts, ordenándole: «Calla y no le hagas caso».

Maggie no insistió. Sí se encontraba en un aparato volador sería inútil todo lo que intentara. Prefirió reservar sus escasas fuerzas para tratar de ensayar algo cuando estuviera en tierra.

No tenía ninguna noción de la altura a que estaban volando, pero por fin sintió que el aparato se posaba suavemente en el suelo, sin el mínimo carreteo.

Una ráfaga de aíre fresco le dio en la cara al abrirse la portezuela. La voz de Smutts ordenó secamente:

—Vamos, Maggie. No protestes y ven con nosotros.

Comprendiendo que por el momento sería inútil toda resistencia, Maggie obedeció. Conducida por ambos brazos, Maggie avanzó. Medio centenar de pasos más, y la muchacha notó que pasaban por una puerta, y que ésta se cerraba tras ella.

No sin bastante brusquedad, una mano le quitó la venda de los ojos. Maggie pudo ver al que acababa de hacerlo: era Palmer.

La muchacha dio un paso atrás.

—¡Eras tú, Paul! ¿Qué te propones ahora conmigo? ¿Por qué...?

Calló, horrorizada. No lo estaba sólo por ver la expresión de Paul, con su fría sonrisa, tan distinta de la otra, falsamente cariñosa, que ella conocía. Maggie se encontraba en el interior de un vasto cobertizo, no menor de cincuenta yardas de largo, rodeado por paredes de plástico con amplias ventanas. Adosadas a los muros, vio una larga hilera de extrañas máquinas, unas inmóviles, otras provistas de ruedas que giraban con desusado rumor. Y junto a ellas, como atendiéndolas, no menos de una docena de figuras semejantes a las humanas, pero minúsculas, vestidas con monos rojos. Algunas volvían para mirar a Maggie sus rostros amarillos como la cera, absolutamente inexpresivos.

—¡Marcianos! —exclamó.

Palmer soltó una burlona carcajada. Después se puso serio, y su rostro adoptó una vez más aquella expresión amorosa que ahora horrorizó a Maggie.

La joven no necesitaba explicaciones. Sabía ahora, por la evidencia de sus sentidos, lo que ya conocía antes, en el fondo de su conciencia, desde que oyera la acusación formulada por Henry Tynan.

—Escúchame, Maggie... — comenzó Palmer, pero ella lo interrumpió, mientras forcejeaba por soltarse las manos atadas.

—No necesito tus explicaciones, Paul Palmer. Ya lo entiendo todo. Nos han engañado como a niños, tanto a mí como a todos los que se han jugado la vida como héroes en las calles de Callahan. Tynan tenía razón: nuestra lucha no ha sido más que una pantalla, un engaño. Estás entregado a esos gusanos — señaló a los monstruos vestidos con monos rojos—, quién sabe por qué recompensa, para traicionar a tu raza.

—Tienes que comprenderlo, Maggie. Era el único plan inteligente...

La severa imagen del fundador del «Free Moon» apareció en la imaginación de la muchacha.

—¿Y Nathaniel Blake? — exclamó—. ¡No puedo creer que él también esté asociado en esta horrible infamia!

Palmer abandonó su expresión bondadosa. Se echó a reír.

—No. Blake es un pobre tonto. En estos momentos está preparando un levantamiento general en la Luna. Nos será muy útil. Tú estás un poco excitada por lo ocurrido, Maggie, y no comprendes. Tendré que retenerte aquí hasta que haya realizado mis planes. Después nos casaremos, y nos iremos a la Tierra. Por mi parte, puedes creer que estoy harto de este satélite.

Maggie se limitó a mirarlo. No intentaba ya resistencia.

Palmer sacó de un bolsillo un pequeño sobre de plástico, de los que se usaban para contener medicinas.

—Aquí tienes unos excelentes comprimidos para los nervios — dijo—. Llévala a la habitación que le hemos preparado, Smutts. Y encárgate de que los acumuladores funcionen, y de que los cables de las antenas estén bien ajustados. En cualquier momento puede llegar la orden de comenzar la operación. Debemos tener todo pronto.

## CAPÍTULO X

## EXPEDICIÓN NOCTURNA



URANTE la noche, y visto de cerca, el desierto de cráteres rocosos que se extendía al sur y sudoeste de Nueva Pretoria le recordó a Tynan la expresión tan frecuente en otros tiempos para referirse a la Luna: un mundo muerto.

El plan de acción que había convenido con el coronel Duff durante su entrevista en Callahan comprendía dos aspectos, es decir, la coincidencia de las respectivas misiones del coronel y del propio Tynan.

Tynan, conjuntamente con Jeffery Grant, quien se ofreció espontáneamente para colaborar en ello, aun antes de que su amigo se lo sugiriera, pondría en práctica su primitivo proyecto de inspeccionar secretamente, hasta donde le fuera posible, las instalaciones desde las cuales se había tiroteado contra la astronave al llegar a la Luna. Irían en una pequeña y silenciosa avioneta atómica, conducida por el piloto de la astronave, Warne.

Por otra parte, una dotación de fuerzas policiales, enviadas también en pequeñas avionetas urbanas, de marcha relativamente lenta pero silenciosa, viajaría durante la noche hasta una discreta proximidad de aquel misterioso establecimiento. Allí permanecería, en el desierto, provista de los mejores elementos de ataque, por si se presentaba la necesidad de intervenir directamente, por las armas. Tynan llevaba un excelente transmisor de radio, portátil, con el cual comunicaría al jefe de las fuerzas cualquier novedad.

La avioneta de Tynan, que volaba separadamente del resto de la expedición, aterrizó sin novedad en un punto perdido entre aquel mar de cráteres, a cosa de una milla del lugar de destino. Aun contando con la discreción especial de los motores, Tynan no quería arriesgarse a acercarse demasiado con riesgo de echarlo a perder todo. El resto del viaje, lo hicieron a pie, Tynan, Grant y Warne.

Era cerca de medianoche cuando avistaron, más allá de los cráteres, las tenues luces que Tynan y Warne hablan distinguido días antes desde la astronave, y que interpretaron como ventanas de un edificio. Habían elegido aquella hora porque la Tierra no estaría visible, y la oscuridad casi absoluta de la noche les permitiría acercarse a pie sin ser vistos.

Fue una larga y penosa marcha, por aquel desierto rocoso, tropezando a cada paso con rocas imprevistas. A medida que avanzaban alcanzaron a ver con más precisión la forma y el tamaño del edificio.

Se trataba de un amplio cobertizo, o galpón, no menor de cuarenta yardas de largo por otras veinticinco o treinta de anchura. Por lo que podía apreciarse en la oscuridad, al reflejo de las tenues luces que brotaban por las ventanas, estaba construido con un material plástico muy común en la Luna para construcciones precarias. No era tampoco regular, sino que presentaba algunas salientes y entrantes, y un a modo de porche que rodeaba parte del perímetro. Un rumor monótono, como de motores en movimiento, llegó hasta los tres expedicionarios cuando estuvieron más cerca. Tynan y los otros dos se detuvieron.

—Hay que extremar las precauciones — dispuso Tynan—. No creo que esto esté confiado al azar, sin una guardia. ¿Por dónde entrarán?

Grant señaló hacia la parte media de la pared más angosta, que daba hacia el sur. Se veía allí una puerta, amplia, como para que pasara un vehículo de regular tamaño, pero estaba cerrada en aquellos momentos.

—Sí —asintió Tynan—, pero no nos servirá de mucho. Supongo que ha de haber alguna otra entrada, más discreta.

Cambiaron de lugar, para observar el otro costado del edificio. Las ventanas, salvo una de ellas, estaban cerradas por allí. Warne señaló con el brazo, asiendo la manga de Tynan.

—No sé si habrá puertas — dijo en un susurro—, Pero mire, señor.

Tynan y Grant observaron mejor. Al resplandor azulado y tenue de la luz que salía por la ventana vieron que junto a la casa se paseaba una silueta de forma semejante a la humana, pero más pequeña. Habría podido tratarse de un hombre de corta estatura, pero ninguno de los tres observadores dudó de lo que era en realidad.

—¡Un marciano!—exclamó en voz baja Grant.

—Y está de centinela—confirmó Warne.

Se habían parapetado los tres detrás de unas rocas, a unas cincuenta yardas de la misteriosa construcción. El marciano camino unos pasos, con la negligencia de un hombre despreocupado que mata el tiempo. No los había visto

Jeffery oprimió el brazo de Tynan.

—¿No habrá otros?

—¿Afuera, quieres decir? Los habríamos visto ya — repuso Henry.

Una mirada más atenta permitió percibir que lo que el marciano vigilaba

era precisamente una puerta más pequeña que la observada anteriormente, situada junto a un ángulo entrante de la pared; la ventana iluminada estaba lejos de ella, y no podía saberse si esta segunda entrada del edificio estaba cerrada o abierta.

Warne preparó su pistola atómica, pero Tynan lo sujetó por el hombro.

—Eso no — dijo—. Hay que intentar algo, pero no así. Hay más marcianos dentro, sin duda, y debemos procurar que no se alarmen.

—Tiene silenciador—objetó Warne, mostrando la poderosa pistola.

—No importa. Yo tengo otra cosa mejor.

A la débil luz de las estrellas, la hoja de un afilado cuchillo relució en la mano de Tynan.

—Métodos primitivos, pero más eficaces — comentó—. Tengan ustedes preparadas las pistolas, para cubrirme la retaguardia. Lo demás lo haré yo.

Jeffery Grant se adelantó.

—Lo haremos los dos, Henry.

—No. Dos somos demasiados. El centinela puede advertirnos, y echarlo a perder todo con un solo grito.

Tynan salió de su guarida rocosa y avanzó, casi pegado al suelo, buscando los lugares donde las irregularidades del terreno eran más pronunciadas Con infinitas precauciones, tratando de moverse sólo cuando el marciano presentaba la espalda, el joven fue adelantándose hacia el enemigo.

Había llegado ya a menos de diez pasos del individuo cuando éste percibió, sin duda, algún rumor, con sus oídos distintos, más penetrantes, según se decía, que los de los humanos. Tynan había confiado en que el runrún monótono de las maquinarias que se movían dentro del cobertizo ahogaría sus pasos, pero pareció no haber sido así. El enemigo se dio cuenta y vio a Tynan que avanzaba hacia él.

No tuvo tiempo de gritar, sin embargo. Su reacción no fue lo suficientemente rápida. Tynan estuvo sobre él al instante, de un salto, lanzándole un terrible «jab» a la cara.

El marciano recibió de lleno el golpe y se tambaleó, pero no cayó. Tynan se arrepintió de su delicadeza al no haber usado el cuchillo directamente. Por un instante le había parecido tal acción un asesinato, cuando no lo era; se trataba ya de un verdadero acto de guerra. La mano del enemigo se movió hacia la cintura, sin duda para extraer una de las pequeñas armas que Tynan había probado ya una vez, en las calles de Callahan. Y al mismo tiempo abrió la boca, su extraña boca de marciano —Tynan pudo verlo a la luz de la ventana— para gritar.

Pero no tuvo tiempo. La mano izquierda de Tynan se cerró sobre su cuello, oprimiéndolo e impidiéndole toda emisión de voz; la otra mano sostuvo el cuchillo, vacilando todavía en herir.

Fue el mismo marciano quien firmó su sentencia de muerte. Con un supremo esfuerzo alcanzó a sacar su pistola, la movió hacia arriba, para usarla. Tynan fue más rápido. Sabía que no podría competir mucho tiempo con la terrible fuerza física —a pesar de su pequeñez— de un marciano.

Sin un gemido, el extraño individuo se deslizó y cayó al suelo cuando el arma de Tynan penetró por entre sus costillas, buscando el corazón. Tynan alzó la vista: Grant y Warne venían ya hacia él, precipitadamente.

—¡Buena faena, señor! — exclamó Warne.

Tynan miró con desagrado el cuerpo del marciano.

—Está bien. No creo que haya otro centinela. Trataremos de entrar adentro ahora.

Se volvió y miró hacia la pequeña puerta que ya había observado desde su escondrijo, momentos antes.

Estaba cerrada, pero la presencia del centinela hacía suponer que no lo estuviera sino a medias. Tynan se aproximó y asió la manija. Con infinita precaución la hizo girar, luego empujó hacia dentro. La puerta cedió.

—¿Vamos? —sugirió Tynan.

Ninguno de los otros dos vaciló. Se internaron a tientas, por lo que parecía un corredor estrecho, apenas iluminado por algún reflejo azulado procedente de alguna que, otra rendija que se distinguía en la pared de plástico. El rumor de las máquinas creció en intensidad al estar ellos dentro.

—¿Qué podrá ser esto, Jeffery? ¿No reconoces ese ruido?

Por su profesión, Grant era el indicado para reconocer una máquina. Pero el joven ingeniero meneó la cabeza.

—Jamás he oído algo semejante—comentó—. Sin embargo... Escuchad.

Entre el runrún sordo y monótono estallaban de vez en cuando tenues chasquidos, que a Tynan le recordaron los de chispas eléctricas.

—Energía nuclear — susurró Jeffery —. ¡Esos chispazos! Yo diría que están...

—¿Acumulándola?

—No precisamente. La acumulación de energía atómica me es perfectamente familiar. Diría que están liberándola poco a poco, Tynan.

Henry señaló hacia adelante.

—Por allí penetra algo más de luz —indicó— La rendija entre las placas de plástico debe de ser más ancha. Tal vez podamos observar algo.

Se acercaron al lugar que había sugerido Tynan. Jeffery Grant aplicó un ojo a la ranura, que era en efecto un poco más amplia, no mucho, que las anteriores.

—¡Por vida...! —murmuró.

Había alcanzado a ver parte de una vasta sala, de techo elevado, del cual pendían docenas de gruesos cables hasta la fila de extrañas máquinas que bordeaban las cuatro paredes. Seis o siete marcianos, vestidos con monos rojos, iban de un lado a otro, atendiendo el funcionamiento de la maquinaria. Y Grant tuvo que ahogar una exclamación más violenta, porque entre las minúsculas figuras de otro mundo había distinguido a uno más, que no era precisamente un marciano.

—Tynan — dijo—, ¿conoces a ese hombre? Tú has estado preso entre ellos y quizá...

Calló. Los tres permanecieron quietos, adosados a la pared de plásticos, tratando de permanecer en la obscuridad donde era más densa. Del otro lado, sin duda tras un codo del corredor, se había percibido con suficiente claridad ruido de pasos.

—Alguien viene — murmuró Warne.

El comentario era en verdad ocioso. Todos prepararon sus pistolas atómicas. Tynan se cercioró de que el silenciador de la suya estaba bien puesto.

Los pasos se acercaban.

El que llegaba no podría menos de encontrarse con ellos, en el pasillo. Daría la alarma, salvo, naturalmente, que ellos le ganaran por la mano. Y eso era precisamente lo que Tynan quería.

—¡Ahora! —ordenó.

La silueta del desconocido — una silueta humana— estaba a diez pasos cuando los tres exploradores lo enfrentaron, apuntándolo con sus armas.

—¡Alto, sea quien sea! —ordenó Henry.

Desde el primer momento le había parecido familiar la silueta, acaso por su peculiar modo de andar, balanceándose un poco. El reflejo que provenía de la sala de máquinas permitió ver sus facciones: Era Smutts.

La sorpresa impidió elegir a Smutts una de las dos únicas reacciones aceptables en aquel momento: rendirse o resistir, pero en el acto. En cambio, avanzó unos pasos más, luego, tarde ya, movió la mano para sacar su pistola atómica.

Aleccionado por lo ocurrido unos minutos antes con el centinela marciano, Tynan no titubeó esta vez. Tampoco se resolvió a atacar a su adversario con arma blanca. Era necesario hacerlo callar y pronto. La pistola atómica, provista de poderoso silenciador, habló una vez sola, y el rumor de las máquinas, bastante intenso dentro del cobertizo, cubrió la escasa detonación del arma.

Smutts dio uno o dos pasos, tambaleándose. Fue Warne quien acudió a sostenerlo, antes de que se desplomara, golpeando acaso el tabique de plástico con la inevitable y consiguiente alarma de los marcianos.

Tanto Tynan como los otros permanecieron unos instantes inmóviles, con las armas prontas, esperando lo que pudiera ocurrir ahora. Pero todo permaneció lo mismo, sin otro ruido que el siniestro «trac-trac-trac» de las máquinas.

Henry se inclinó sobre Smutts, al ver que éste se movía aún. El hombre había sido tocado en la región cardíaca, y una mirada bastó a Tynan para comprender que sus minutos estaban contados. Casi automáticamente comenzó a desabotonar la americana del herido.

Smutts lo miró; luego meneó débilmente la cabeza.

—No — bisbiseó—. Conozco algo... de esto. Escucha... He hecho mucho mal... pero quiero...

Warne urgió:

—Pronto, señor Tynan.

Tynan no hizo caso. Se esforzó por oír las palabras del moribundo, que salían casi imperceptibles de los labios:

—No sé con qué... cuentan ustedes. Pero si... ustedes ganan, recuerde: Maggie está... contra su voluntad... secuestrada.

Smutts hizo un esfuerzo todavía; el último:

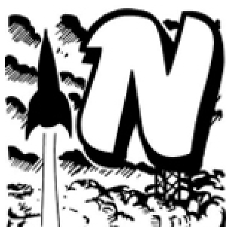
—Allí, en aquella...—su mano se movió hacia el fondo del pasillo.

—¿En aquella qué, Smutts? — urgió Tynan.

Pero comprendió que hablaba ya al vacío.

## Capítulo XI

## «CREO QUE YA HAN COMENZADO»




O desperdició Tynan un solo instante. En media docena de ágiles saltos se encontró en el fondo del corredor, donde las paredes de plástico describían un ángulo.

Las últimas palabras del moribundo no habían sido demasiado precisas, pero se referían evidentemente a algo que había en el fondo del corredor, acaso a la vuelta del mismo. Tynan miró a su alrededor, en la semioscuridad del pasillo.

Distinguió entonces una puerta, recortada en el plástico de la pared exterior del pasillo. Al acercarse más, observó que estaba cerrada con pasador, y éste asegurado en su lugar con un candado.

Maggie, había dicho Smutts, estaba allí contra su voluntad, secuestrada. Él, Tynan, también lo había estado una vez, a manos del «Free Moon», en una habitación cerrada. No era disparatado suponer que la joven podía estar precisamente detrás de aquel cerrojo.

Grant y Warne se habían acercado ya al lugar donde estaba Tynan, pero éste casi no reparó en ellos. Sin reflexionar por segunda vez, aproximó los labios a la puerta de plástico y llamó en voz muy baja:

—¡Maggie!

Nadie respondió. Tynan repitió el llamado, también sin éxito.

Entonces aplicó el oído a la puerta. El tenue rumor de una respiración le permitió comprender que adentro había alguien, y también que estaba durmiendo.

Volvió a insistir una vez más, confiando en que el ruido de las máquinas que continuaban moviéndose en el galpón contiguo impediría oír a los marcianos.

—¿Qué...?

Era una voz de mujer: la de Maggie. Tynan respiró, por primera vez se confesó a si mismo cuánto le importaba aquella muchacha.

—¡Maggie!—susurró nuevamente, temeroso de que la sorpresa de ella echara a perder todo—. ¡No hable fuerte! ¡Soy yo, Henry Tynan!

Una exclamación ahogada llegó hasta él desde el otro lado de la puerta. Ciertamente, se dijo Henry, la joven no podría tener excesiva confianza en él, que al fin y al cabo era un enemigo, cuyo deber consistía en denunciarla y entregarla a la ley. Pero la voz de la muchacha no parecía expresar sino alegría.

—¿Tynan?

—Escuche, Maggie — continuó él, refiriéndose al candado que cerraba la puerta—. Tengo que encontrar una maña para abrir esto. Podría deshacerlo con un tiro de pistola atómica, pero no sin ruido. Si usted tuviera idea de dónde está la llave...

—No, Tynan. — Ella hablaba ahora con los labios junto a la puerta. — La llave la tienen ellos.

—¿Quién, Maggie? ¿Los marcianos?

—No. Smutts, o Palmer. El último que vino fue Smutts.

—¿Smutts?

Tynan no esperó más. Un instante después estaba arrodillado junto al cadáver de Smutts, registrándole los bolsillos.

La febril búsqueda dio por resultado el hallazgo de un pequeño llavero, con media docena de llavines. Tynan regresó junto a la puerta.

Le pareció una eternidad el tiempo que tardó en probar una llave tras otra. En cualquier momento podía aparecer alguien más, producirse la alarma. Por fin, uno de los llavines funcionó. La puerta se abrió, con un ligerísimo crujido.

—Vamos, Maggie — dijo Tynan cuando la figura, ahora desaliñada de la muchacha, vestida con una bata azul, apareció en la puerta—. Hay que huir de aquí en seguida. Pronto.

—¿A qué han venido ustedes? — inquirió. En su rostro se pintaban la ansiedad y la desconfianza—. ¿Qué se proponen?

—Investigar, Maggie. Pero creo que ya sabemos bastante. El resto podemos adivinarlo. Ahora tenemos que irnos de aquí, pronto.

—¿Irnos de aquí... ahora? ¡No, por Dios, Tynan! ¡Antes tenemos que impedir lo que está por hacer!

Grant terció:

—Lo que está por hacer se impedirá sin dificultades, señorita. Hay cerca de aquí una dotación de fuerzas de choque, con toda clase de elementos, que reducirán todo esto a polvo al primer llamado por radio.

Pero Maggie meneó la cabeza.

—No — dijo—. Con destruir esto no ganarán nada... Será peor. No podrá remediarse lo que preparan los marcianos... y que ya está en marcha. Escuche, Tynan...

Pendientes de las palabras de ella, los tres hombres olvidaron la urgencia y el peligro en que se encontraban. Maggie continuó, en voz muy baja, precipitadamente:

—Es lo que usted pensaba, Tynan. Palmer me lo contó todo... o parte, al menos, jactándose de ello. Creo que se ha vuelto loco. Dice que la gravedad no es una fuerza de atracción entre masas, indistinta; que tiene polos, o algo así, como la electricidad o el magnetismo. En la naturaleza, esas dos corrientes no se distinguen, se superponen, pero ellos han conseguido el método de separarlas.

Hizo una pausa, para recobrar el aliento. Nadie habló.

—Cada carga atrae a otra, opuesta, y repele, o puede repeler si se dan las circunstancias apropiadas, a la del mismo signo. En consecuencia, la fuerza de gravedad puede neutralizarse. Ellos, los marcianos, lo han conseguido. ¿Comprenden ustedes?

—Un aislador de la gravedad—comentó Grant.

—Un viejo sueño, que data de los alquimistas.

Pero Maggie sacudió la rubia cabeza.

—No precisamente. No es un aislador material. Es un generador de radiaciones grávidas, con el cual se puede aumentar o disminuir, a voluntad, la atracción de cada cuerpo determinado, en su relación con otro cuerpo. La gravedad en cada caso, no es una fuerza, sino un par de fuerzas. ¿Comprenden?

—Entre la Tierra y la Luna — murmuró lentamente Grant.

—Exacto — admitió ella —. Han estado haciendo experiencias en Marte, con sus propios satélites. Ahora van a disminuir la atracción de la Tierra sobre la Luna, y aumentar la de Marte sobre ésta. Y lo peor es que creo que ya han comenzado.

—¿Con esas máquinas? — Grant señaló hacia el cobertizo, a través de la pared del pasillo.

—Esas máquinas producen la fuerza necesaria — admitió ella—. Sé que hay una cabina desde la cual se controlan las ondas, pero no conozco su ubicación. Me trajeron aquí con los ojos vendados, Tynan.

—¿Y no tiene usted alguna idea de cómo...? — Grant hizo un expresivo ademán.

—¿De cómo se maneja eso? No, por cierto.

Maggie iba a continuar diciendo algo, pero se contuvo. Todos permanecieron inmóviles, sobrecogidos por la alarma. El ruido de las máquinas productoras de radiaciones grávidas se había detenido de pronto. Hubo un silencio que a los cuatro que escuchaban les pareció de varios siglos.

Luego se reanudó el zumbido de las máquinas, pero a distinto ritmo que antes, más rápido, alternado con extraños chasquidos, muy suaves, como los de chispas eléctricas.

—Algo raro pasa — comentó Tynan.

—Váyanse ustedes afuera, con la muchacha — indicó Grant—. Yo tengo que tratar de hallar esa cabina de comandos. Soy ingeniero, y tal vez entienda algo, cuando la vea.

—Por mi parte me quedo contigo —afirmó Tynan.

—Y yo —dijo Maggie.

Warne se limitó a encogerse de hombres.

—Como ustedes quieran — admitió Grant—. Vamos, pues.

Hacia la derecha, el corredor se ensanchaba. La poca luz que lograba filtrarse por las junturas del tabique de plástico era más escasa en aquellos lados. Más lejos, a tientas, encontraron otro corto pasillo, más estrecho aún que el primero. La mano de Tynan tropezó con algo que parecía una puerta, movió la manija...

Se encontraron en una habitación casi cuadrada, de unas ocho o diez yardas de lado, iluminada por la luz azul que ya conocían. Una vasta pantalla circular, que a Grant le recordó las del radar, cubría casi la pared del fondo. Junto a las otras había no menos de cuatro o cinco aparatos del tamaño de pequeñas cómodas, cubiertos de tubos y cables. Uno de ellos tenía encima un cuadrante blanco, sobre el cual oscilaba una aguja.

La impresión de todos al ver aquello fue unánime. Tynan, Warne y Maggie no tenían sino su intuición, pero Jeffery Grant era ingeniero, y conocía bien el manejo de todas las radiaciones conocidas. Ciertamente, aquello estaba lejos de ser lo mismo, pero...

—Quietos ahí, todos. ¿Me oyen?

La voz sonó a espaldas de los cuatro. Hablaba en inglés, pero con un acento muy extraño, como de otro mundo. Cuando se volvieron con las manos en alto comprobaron que procedía de otro mundo, en realidad.

En la puerta de la cabina de controles, un pequeño marciano, de cara amarilla e inexpresiva, vestido de rojo, los apuntaba con una de aquellas armas como reglas cilíndricas, que Tynan había tenido ocasión de probar una

vez en las calles de Callahan.

* * *

Michael Burnett, jefe del Servicio de Informaciones, oprimió con furia la palanca que interrumpía la comunicación en el visoteléfono. La cara consternada del empleado subalterno desapareció de la pantalla.

—¡Otra vez! — Burnett meneó la cabeza, con amargura—. ¡Otra vez revueltas en la Luna! No hace dos días que se reprimió una, a sangre y fuego. ¿Qué hace ese maldito coronel Duff?

Clavó los ojos en los de su secretaria. La muchacha se alisó su cabellera platinada, sin responder.

—¿Y Tynan? ¿Qué hace Tynan?

La muchacha continuó escribiendo en una tarjeta. Nunca había oído hablar de Tynan. Sólo sabía lo que decían los diarios, y éstos —un retardado mental era capaz de adivinarlo — estaban disfrazando y ocultando los hechos, al menos en gran parte. La gente de la calle decía como cosa segura que lo que estaba pasando en la Luna era algo más que lo que informaban los periódicos, algo más que otro de los tantos disturbios provocados desde tiempo atrás por el «Free Moon Gang».

La chicharra del visoteléfono sonó nuevamente. La secretaria extendió la mano hacia el aparato, pero Burnett se adelantó.

Bajó la palanca. Otra cara apareció en la pantalla.

El señor Burnett no aguardó a que el otro empezara.

—Sí, ya sé — dijo de mal modo—. Otra vez disturbios en la Luna. Motines en Callahan, Nueva Pretoria, Moon York... Nueve agentes muertos en el aeródromo, uno...

Calló de pronto, advirtiendo que el rostro reflejado en el visoteléfono no era el que él había dado por supuesto, en su distracción, antes de mirarlo.

—¡Ah! ¿Es usted, doctor Steinitz? Discúlpeme. Estoy tan preocupado por lo que pasa...

El astrónomo, jefe del observatorio de Point of Rocks, lo interrumpió.

—Ah, sí, señor Burnett. Ya comprendo. Justamente lo molesto por algo relacionado con eso, con la Luna. Hay novedades, señor Burnett. ¿Puedo hablar?

Con un ademán, Burnett despidió a la secretarla.

—Hable ahora, Steinitz.

—¿Recuerda lo que le conté hace unos días acerca de Phobos y Deimos, señor Burnett? Esta noche, poco antes de amanecer, hemos hecho una observación análoga. Se refiere esta vez a la Luna.

Burnett dejó escapar un gemido. Preveía la continuación de la noticia:

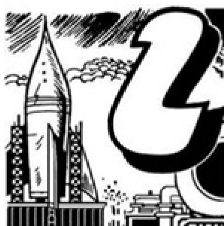
—La Luna se mueve, señor Burnett. Se está saliendo de su órbita. Avanza por una órbita tangente a la suya, y en un ángulo de unos quince grados con ésta...

—¿Sí? —el jefe del Servicio de Informaciones oprimió los puños.

—...Hacia Marte — concluyó el doctor Steinitz.

## CAPÍTULO XII

## «LA GRAVEDAD PUEDE NEUTRALIZARSE»



O primero que sintió Tynan al verse encañonado por la pequeña y terrible arma del marciano fue ira. Trató de dominarla, comprendiendo que aquello era lo peor que podía experimentar en momentos en que la única chispa de salvación sólo podía esperarse de la serenidad y la sangre fría.

Permaneció, como los otros, en el extremo de la cabina de controles —o lo que ellos suponían tal cosa— con las manos en alto. Vio entonces que los labios finos y membranosos del marciano se distendían en algo que tenía cierta vaga semejanza con una risa.

—¡Ah! — dijo el extraño ser, y continuó hablando en su singular inglés, sin dejar de apuntarles —. Supongo que ya saben algo. Bien. Les diré un poco más. De todos modos, no ha de serles muy útil.

La regla cilíndrica se movió en abanico, de uno a otro de los cuatro terráqueos. Tynan miró de soslayo la cara de Maggie; estaba pálida, pero serena. Grant, por su parte, no dejaba de observar con algún disimulo el tablero con la aguja oscilante que había sobre uno de los muebles parecidos a cómodas.

—Están ustedes en lo cierto. La Luna se va y se va hacia Marte. Girará allí en una órbita alrededor de nuestro planeta. Sus yacimientos de minerales radiactivos y atómicos serán nuestros.

Hizo una pausa, como para saborear mejor el triunfo. Ninguno de los otros habló.

—Lo debemos en parte a ustedes, a los terráqueos, en particular a eso que llaman el «Free Moon»; a usted también —señaló a Maggie—, jovencita, a quien sus congéneres consideran tan hermosa. El «Free Moon» ha distraído la atención de las autoridades terráqueas y nos ha permitido trabajar en la parte que debíamos hacer en la Luna. Ahora ya es tarde; nada, nadie podría impedirlo. La operación ha comenzado.

Grant dio un paso hacia adelante. La regla cilíndrica se orientó hacia él.

—Eso es absurdo — dijo, dirigiéndose más a sus amigos que al marciano

—. No lo creáis. Un cambio en la marcha de un astro tiene que provocar enormes trastornos. Se desbordarían los canales, se abrirían tal vez grietas en el suelo, se alteraría la gravedad sobre la superficie. Muchas otras cosas más ocurrirían sin duda. Nada de eso sucede. No hemos advertido nada extraño.

El marciano volvió a sonreír.

—Usted tal vez no —dijo—. Pero en Callahan y también en Moon York, los grandes canales se han desbordado. Ha habido también algunas víctimas — se encogió de hombres—. En verdad, ésa ha sido una pequeña falla en nuestras previsiones. Lo demás ha sido calculado minuciosamente. El movimiento es suficientemente lento, y además la gravitación de cada par de fuerzas ha sido graduada. ¿Sabía usted que la gravedad puede ser neutralizada, terráqueo?

Grant gruñó. Las intenciones del marciano para con ellos eran evidentes. Había que ganar tiempo, aunque en verdad ni Grant ni Tynan hubieran sabido qué hacer con él. Si al menos Tynan pudiera emplear su transmisor portátil... Pero ya era demasiado tarde para pensar en eso.

—¿Y qué piensan ustedes hacer con la población de la Luna... la población «humana» quiero decir, una vez que la Luna esté girando como satélite de Marte?

El marciano rio. Fue una serie de ruidos, semejantes a carcajadas, repulsivos en sí e infinitamente más en aquel momento.

Tynan se mordió el labio, tratando de mantener la calma. Pero hubo alguien que no logró permanecer sereno: fue Warne, el astronauta.

Pero la pistola atómica salió del bolsillo un instante tarde. El impalpable proyectil del marciano, en cambio — sola energía, sin masa —, cruzó la habitación y penetró en la frente del pobre Warne, entre los ojos.

La regla cilíndrica se orientó de nuevo. Tynan lanzó lo que consideró una última mirada a Maggie, y se preparó.

En ese momento se oyeron otros ruidos. Algo —un objeto pesado—. cayó con estrépito en alguna parte, presumiblemente en el interior del cobertizo de las máquinas. Pasos de hombre resonaron por un lado, aproximándose; por el otro se oyeron los pasos menudos de los marcianos.

El marciano que había matado a Warne retrocedió hasta la puerta. Su momentánea distracción fue aprovechada por Tynan, quien sacó su pistola atómica e hizo fuego. Pero el movimiento del enemigo hacia la salida era demasiado rápido y lateral. Erró.

—¡Escóndase, Maggie!—exclamó—. ¡Ahí, detrás de esos aparatos!

En verdad, el cuarto ofrecía más de un lugar utilizable como refugio, entre los artefactos mecánicos y el maremágnum de tubos y cables que los cubría.

Tynan se agazapó detrás de uno de los muebles y volvió a hacer fuego. Vio que Jeffery hacia lo mismo. Pero el marciano estaba ya fuera del cuarto, al margen de la línea de tiro.

Tynan dio un par de saltos hacia la puerta, sin soltar la pistola atómica. Desde el marco se asomó al pasillo.

Vio entonces, aunque no comprendió en el primer momento lo que ocurría. No menos de cinco hombres corrían por el pasillo hacia la puerta del cuarto en que estaban Tynan, Maggie y Grant. Traían todos sus pistolas atómicas y evidentemente habían sido atraídos por el primer disparo hecho por Tynan. Por el lado opuesto del corredor venía también un grupo de marcianos, en mayor número que aquéllos, tal vez diez o doce.

El primer marciano, aquel contra el cual había hecho fuego Tynan, a un lado de la puerta, miró hacia los terráqueos que llegaban. ¿Supuso acaso que se habían convertido en enemigos, aliados de Tynan y los otros, o bien tuvo intención de eliminarlos, aun siendo sus amigos, en la misma forma que —lo había sugerido poco antes— harían más tarde con todos los habitantes humanos de la Luna? Tynan nunca pudo saberlo. Vio, en cambio, que el homúnculo alzaba su terrible regla cilíndrica y la apuntaba hacia uno de los que se precipitaban hacia él, luego a otro. Los dos hombres cayeron al suelo hechos ovillos. El segundo era Palmer.

Un coro de alaridos brotó de los humanos que quedaban en pie. Con sus pistolas atómicas alzadas se agazaparon contra las paredes del corredor, buscando la protección de la penumbra. Uno o dos hicieron fuego y Tynan vio los correspondientes marcianos retorcerse y caer. Él también, por su parte, preparó su arma, desde el quicio de la puerta.

Pero al mismo tiempo, con la mano izquierda, buscó el pequeño aparato transmisor de radio que llevaba en el bolsillo interior del saco. Lo acercó a los labios y pronunció febrilmente su breve mensaje.

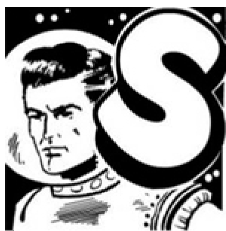
Con el rabo del ojo alcanzó a ver a Grant que se precipitaba hacia uno de los aparatos, aquel en el cual oscilaba la aguja de acero sobre el dial. Lo vio asir una llave negra y hacerla girar, luego otra. Por un momento se estremeció de alegría, pensando que su amigo había acertado con el modo de impedir el cataclismo que ya estaba en marcha.

Pero en el mismo momento el piso pareció ceder bajo sus pies. La habitación bailó ante los ojos de Tynan, como ante un borracho. Una sensación de temblor violento pugnó por sacudir los miembros del joven.

Tynan comprendió que Grant había errado, que algo sucedía; pero algo quizá peor aún que el diabólico plan concebido por los marcianos.

## CAPÍTULO XIII

## EL CUADRANTE Y LA AGUJA



Í, con el coronel Duff. ¿Qué diablos...?

—Habla el cuartel general de las fuerzas aliadas en Moon York, coronel. El general White en el aparato. No puede verme porque el transmisor de imágenes no funciona. ¿Cómo está eso en Callahan?

Duff frunció el ceño, mirando la pantalla vacía.

—Sin otra novedad que las que usted conoce, señor. Los focos de resistencia se mantienen. Nuestros elementos están luchando bien y creo que reduciéndolos poco a poco, pero no se ha rendido ninguno hasta este momento.

—¿Y las aguas de los canales?

—Mal, señor. Por un momento pareció que volvían a su cauce, pero hace un minuto acaban de informarme que han subido otra vez, repentinamente.

—¿Cree usted que tenga alguna relación ese fenómeno... quiero decir la alteración de las aguas, coronel, con los sucesos militares? ¿Que eso haya sido provocado criminalmente por los del «Free Moon»?

El coronel Duff desvió la conversación con una evasiva. Cuando la comunicación se interrumpió, él permaneció pensativo, apretando los puños.

Un momento más tarde la chicharra sonó de nuevo.

Duff reconoció la cara que se proyectó en la pantalla: era la de Mac Pherson, el oficial que tenía a su mando el destacamento enviado para cubrir la retaguardia de Tynan en su expedición al misterioso cobertizo.

—¿Sí? ¿Qué pasa, Mac Pherson?

—Acaba de comunicarse Tynan, coronel. Pide socorro urgente. En este momento partimos hacia el cobertizo. Espero que no sea demasiado tarde.

La expresión de Mac Pherson era sombría.

—¿Demasiado tarde? — interrogó Duff—. ¿Porqué ha de serlo?

—Para Tynan tal vez no, coronel. Pero hay algo más que no sé si le entendimos bien. Dice que la Luna se está moviendo, que está siendo impulsada hacia Marte...—la imagen de Mac Pherson se esfumó casi de puro borrosa—; que...

—¡Hola! —rugió Duff, y sacudió furiosamente el aparato, pero no hubo respuesta. La pantalla permanecía blanca y sólo una ligera vibración luminosa indicaba que el aparato estaba conectado y en marcha.

* * *

Alguien más acababa de escuchar la comunicación, alguien que estaba junto a un receptor ultrasensible, manipulando ansiosamente las llaves en busca de las longitudes de ondas más reservadas. No tendría mucho más de cincuenta años, pero parecía un anciano, con sus cabellos grises, sus ojos hundidos, brillantes por la fiebre y el pliegue como una cuchillada que arrugaba su frente entre los dos ojos.

Blake permaneció unos instantes inmóvil; luego manipuló otro aparato, un poderoso transmisor de onda corta.

—¡Hola!—llamó—. Cuartel general de Moon York... Cuartel general de Moon York... — repitió la frase con voz monótona varias veces, hasta que otra voz vibró en el aparato—. Nathaniel Blake al habla aquí en Callahan. Ignoro si es cierto lo que se dice acerca de una intervención de Marte en la Luna. Protesto de la absoluta inocencia del «Free Moon», en cuanto tal, en eso. Si alguien del Gang ha tomado parte en semejante traición, lo repudio. Pido una tregua, como primer punto para una amnistía. Todos los elementos del «Free Moon», en toda la superficie lunar, depondrán las armas y colaborarán con las autoridades, lealmente, si se concede un armisticio.

El viejo luchador permaneció sin soltar la llave, aguardando con expresión de terrible ansiedad en su cansado rostro.

Miró su reloj.

—Con tal de que no sea demasiado tarde... — se dijo.

Pero en su interior tenía la angustiada certeza de que sí, de que era ya tarde.

* * *

Henry Tynan sintió que una nube, como de mareo, le enturbiaba la vista. La sensación de que el piso se hundía bajo sus pies le pareció en el primer

instante una consecuencia del mareo, pero pronto advirtió que no era un efecto psicológico, sino material: estaba desprendido del suelo, flotando en el aire, sostenido apenas por la mano con que se aferraba al marco de la puerta.

Comprendió que lo que sucedía era un efecto de la máquina que Palmer estaba manipulando, pero no se detuvo a pensar. De un momento a otro, lo sabía, estarían allí, transportadas por el aire, las fuerzas destinadas a respaldar su misión en el cobertizo. El momento no era de reflexión, sino de lucha. Hizo fuego, apuntando al grupo de marcianos, que a su vez hacían frente a los terráqueos en el pasillo.

En aquel momento se oyó, procedente de afuera, el rumor de las hélices de los transportes aéreos que descendían.

—¡Vienen, Grant! — exclamó Henry—. ¡Son los hombres del coronel Duff!

Tynan corrió por el pasillo y al hacerlo tropezó con algo que había en la semioscuridad del suelo. Miró: era un marciano. Una mirada más atenta le mostró que el individuo no estaba muerto; se retorcía y gemía guturalmente, herido por un plomo de pistola atómica. Automáticamente, Tynan se inclinó sobre él.

Entonces comprendió. Las detonaciones menudeaban en el exterior del cobertizo, pero Tynan no las oyó más. Levantó al marciano en sus brazos.

—Escuche, marciano —dijo—. ¿Me oye?

—La Luna va camino de Marte — siguió Tynan—. Ustedes han ganado, vivos o muertos. Será el fin de la Luna como satélite de la Tierra; el fin de la especie humana en la Luna, pero también su propio fin, ¿oye, marciano?

Una mirada de odio le indicó que el homúnculo había oído.

—¡Grant!— exclamó Tynan, mirando a su amigo, que insistía en su descabellada tentativa de remediar el mal—. ¡Deja eso! Aquí hay quien puede hacerlo.

—Si usted hace eso, lo curaremos. Con esos soldados que están por tomar el cobertizo viene un cirujano. Puede adelantarle también la seguridad del más absoluto perdón por parte de mi Gobierno si devuelve la Luna a su órbita. De lo contrario, piense que cuando lleguemos a Marte, dentro de varios días, ya estará usted muerto.

El homúnculo se movió ahora en los brazos de Tynan. Extendió los suyos hacia el aparato de la aguja oscilante.

—¡Tynan! — clamó Maggie, con los puños contraídos—. Si se limita a fingir, y nos engaña, ¿cómo podremos saber desde aquí que es cierto, que la Luna regresa a su órbita?

—De ningún modo, tal vez — dijo—. Pero es todo lo que podemos hacer. Lo demás tienen que hacerlo allá arriba — y señaló al cielo.

Depositó sobre el piso al homúnculo. Las amarillas manos comenzaron a manipular en las llaves: Una, dos... la tercera...

De pronto, la sensación de náusea que lo había asaltado un rato antes invadió de nuevo el estómago de Tynan. No le faltó el piso esta vez. En cambio se vio proyectado contra una de las paredes, chocó contra los tubos que emergían de uno de los instrumentos parecidos a cómodas. Con gran esfuerzo consiguió resistir al desmayo que pugnaba por aniquilar sus facultades.

Pero una gran alegría se apoderó de él. Sabía que la Luna no podría volver a su órbita repentinamente sin un gran trastorno geofísico, y aquella sacudida era sin duda precisamente eso, el fenómeno que anunciaba la reconstrucción de la elíptica desfigurada. Miró hacia la aguja del cuadrante y vio, por fin, que ésta se movía, acercándose velozmente al otro extremo.

* * *

La voz inundó el éter, muy tenue, como que brotaba de un transmisor cuya potencia estaba disminuida por los desperfectos recibidos durante la sacudida geofísica que acababa de trastornar toda la superficie de la Luna.

—Habla el comando central del «Free Moon»... el comando central del «Free Moon»... Todos los miembros del «Gang» que aún tienen armas deben deponerlas y entregarlas. El Cuartel General de Callaban ha concedido...

Una tos. La voz, fatigada, como mediante un gran esfuerzo, siguió:

—...ha concedido una amnistía. Se pidió y se obtuvo, para todos, menos para quienes hayan tomado parte en el infame complot tramado a espaldas del «Free Moon» para entregar la Luna a los enemigos de nuestra especie. Yo, Nathaniel Blake, juro anta Dios que...

Algo debió ocurrirle al transmisor. Algunos de los oyentes pensaron que no era el artificio mecánico, sino la voz de Nathaniel Blake lo que se había quebrado.

* * *

—A pesar de todo, no me, decido a dejar esto, Henry. Siento como si todos en la Luna, después de tantas desgracias, me necesitaran.

Estaban Maggie y Tynan en la sala de espera del aeródromo, uno de los

pocos edificios que por su especial construcción habían permanecido en Callahan sin deterioro alguno, después de lo ocurrido.

—No estarás en la Tierra sino quince días, Maggie; un mes a lo sumo. Es indispensable para ti, para reponerte. Además, quiero presentarte a mis padres.

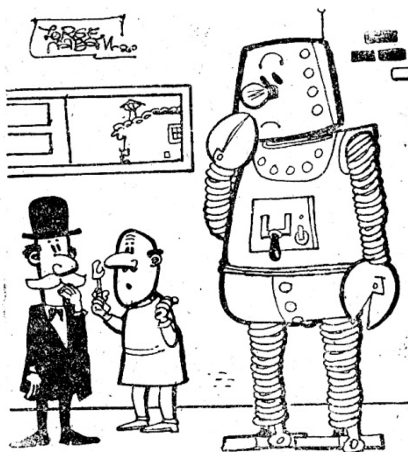
El rostro de la joven, en el cual no se había visto una sonrisa desde hacía semanas, se iluminó un tanto.

—¿Estás seguro de que querrás regresar luego?

—Sí, Maggie. Cuando nos casemos, viviremos aquí. Es un lugar tan bueno como cualquier otro. Y creo que será algo mejor ahora que ha concluido aquella pesadilla, y que han reemplazado al coronel Duff, y más aún cuando concedan, como lo ha prometido el Gobierno, autonomía a la Luna.

Con su mano izquierda —la derecha la tenía todavía en cabestrillo desde hacía dos semanas— Tynan tomó de sobre la blusa de la joven un pequeño dije de oro en forma de estrella y lo desprendió delicadamente. Era lo último que quedaba del «Free Moon Gang».





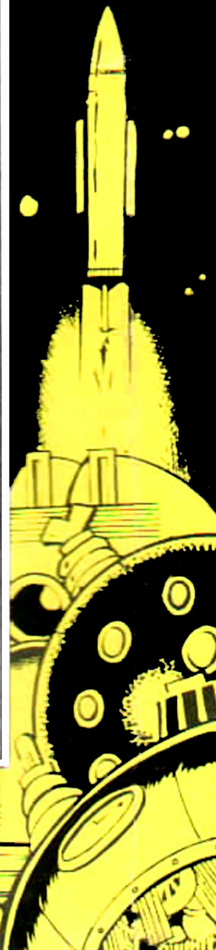
—La única manera de hacerle obedecer es enseñándole un abrelatas.

---

*Una nueva aventura de KABÉ, el caballero andante del futuro, pero esta vez...*

# Los trabajos de Kabé

El personaje creado por CLARK CARRADOS, envuelto en las más extraordinarias incidencias y las situaciones más emocionantes.



Escena de «Duelo en el Atlántico», película Cinemascope, 20th. Century Fox

Precio en España: **6.- ptas.** En Argentina: **4** pesos